

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1868. — TOMO XXXII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 27. — N° 823.

SUMARIO.

El príncipe real de Bélgica; grabado. — **Los alrededores de Madrid.** — **La marina mercante con motivo del corte del istmo de Suez.** — **La revolucion en España;** grabados. — **Revista de Paris.** — **Historia: Consecuencias inmediatas del testamento otorgado por Carlos II.** — **Exploracion francesa á la Indo-China;** grabados. — **Retratos á la pluma: Garcia Gutierrez.** — **La Guyana holandesa;** grabados. — **Debe y haber,** novela escrita en aleman por Gustavo Freitag. — **Problemas de ajedrez;** grabado. — **Revista del mes de setiembre,** por Bertall; grabados.

El príncipe real

DE BÉLGICA.

Al ver este retrato del joven príncipe real de Bélgica con la fisonomía tan abierta, y de un aspecto tan robusto, no habrá lector que no se diga: ¡Qué hermoso niño! Era efectivamente hace dos meses lo que se repetía unánimemente en Bélgica; pero desde ese tiempo, ese mismo niño, la esperanza de la corte de Bruselas, no inspira mas que ideas de tristeza y de lástima.

La enfermedad que le devora y que hace de su existencia una lenta y dolorosa agonia, ha caido sobre él con la rapidez del rayo. Sus progresos han sido tan rápidos como espantosos. Cada día los periódicos belgas publican un boletín manifestando el estado de su salud, y cada boletín se comenta con la esperanza de hallar un remedio al doloroso é implacable mal que le aqueja.

El pobre príncipe tiene ocho años.

Para darle el aire que pide con insistencia, le pasean con precaucion en los jardines y el parque del palacio de Laeken, y esta respiracion al aire libre parece detener un tanto los progresos del mal.

¡Triste y doloroso paseo! Al lado del príncipe real va

lentamente su ayo M. Donies, á quien el príncipe no quiere perder de vista un solo instante, y el rey y la reina le acompañan con los ojos llenos de lágrimas. El poeta tiene razon; hay cosas llenas de lágrimas: *Sunt lacrymae rerum.*

Estos últimos días los telégramas de Bruselas han parecido menos alarmantes; la enfermedad ha cedido: ¡Haga el cielo que el implacable fallo de la ciencia no sea irrevocable!

R. DE M.

Los alrededores de Madrid.

Parecerá atrevimiento y extrañará que el que suscribe este escrito se arriesgue á hacer una débil descrip-

cion de la corte y sus cercanías, cuando plumas tan bien manejadas están uno y otro día publicando selectos artículos contra la aridez y abandono de las afueras de Madrid, y abogando y aconsejando cuanto deberia llevarse á cabo para amenizarlas y convertirlas en una cosa parecida á las de Paris.

Nada tengo que oponer á tan laudables y justos empeños; y si mis escritos valieran algo, los confeccionaria tambien en aquel sentido; pero de escaso ingenio, solo me resta, en apoyo de aquellos deseos, relatar lo que eran hace 30 años los contornos de esta villa, lo que son en la actualidad y á lo que se les quiere hacer llegar.

Efectivamente, el primitivo Madrid era de muy reducida extension, y los montes de encinas, y aun de olivos, tocaban á sus tapias y palacios.

Sucesivamente se fué ensanchando la poblacion, talándose el arbolado, haciéndose grandes cortes para carboneo; y al cabo de algunos siglos, vino á ser el campo inmediato casi en su totalidad, campo de secano raso, destinado una parte á la siembra de cereales, mucho á las dehesas, y no poco á tejares.

Las municipalidades antiguas, casi nada se ocuparon en hermosear á Madrid ni interior ni exteriormente, y si no hubiera sido por los reyes, que formaron las posesiones reales, triste verdaderamente seria la corte de las Españas.

El agua de rios y corrientes era insignificante: las iluminadas en pozos y norias, escasas; y aun la potable, insuficiente para el vecindario.

Remontándonos únicamente á esos treinta años, recordemos lo que era Madrid.

Encerrado dentro de una tapia sin fin, mas bien parecia una poblacion aprisionada ó morisca, que una corte civilizada del siglo XIX.

Mas allá de este recinto únicamente se notaba la campiña árida de terrazos arcillosos, areniscos y calcáreos, y surcada de barrancos y accidentado suelo.

Los antiguos monumentos que se ostentan en la villa, le daban aspecto de capital y corte; tales como el real palacio, casa de correos, aduana, museo de pinturas, puerta y puente de Toledo y puerta de Alcalá con algunos otros.

Calles estrechas y en zigzag, en verano cubiertas de



El príncipe real de Bélgica.

polvo y en invierno de lodo; casas antiguas y mal construidas, albergues de pobres en sus altos, y de tiendas y almacenes en sus bajos; escasos paseos y sitios de recreo y solaz: únicamente con dos teatros y el circo taurico, constituian á Madrid.

¿Y qué era ya Paris hace esos treinta años? Muy superior en todo al Madrid que acabamos de relatar en su interior y que describiremos seguidamente en su exterior.

Los sitios reales del Buen-Retiro, de la Casa de Campo, de la Florida y Moncloa, el Botánico, el Canal y el Prado, eran los únicos parajes amenos que entonces existian.

Al salir por cualesquiera de las puertas del recinto, que el año 37 fué aspillerado, únicamente tristes y hasta repugnantes objetos se presentaban á la vista.

Si se salia por la puerta de Recoletos, precediéndola por la izquierda el alto muro de las Salesas con sus árboles inclinados, y por la derecha un pobre edificio llamado Veterinaria; al pisar el exterior de la puerta, únicamente cloacas y un arroyo sucio encañado en un largo barranco muladar y escombrera general, es lo que se presentaba al observador. En aquel barranco ó valle hemos visto hacer el ejercicio de fuego y tirar al blanco á la artillería de nacionales.

Si se salia por la Puerta de Alcalá, se presentaba la plaza de toros, mal conservada, una calzada sin árboles y pobres mesones.

Si por la de Atocha, tristeza y polvo, y por su izquierda el célebre altillo de San Blas, y las casuchas del barrio miserable del Sur.

La de Toledo proporcionaba la rápida bajada al puente para observar un rio de pocas aguas, corruptas y casi de cieno en verano.

Y únicamente la de San Vicente permitia gozar de alamedas frondosas, sin embargo de que por su derecha, unos cerros privados de toda vegetacion en sus altos, y por su izquierda la Tela, tambien muladar, hacian creer que no existia á la espalda una corte, y ofendian al viajero.

Los portillos que daban acceso al Norte lo proporcionaban á los cementerios y campos de instruccion, ávidos, tristes y frios ó ardientes, segun las estaciones.

Pues bien: á pesar de los grandes obstáculos con que lucharon los ayuntamientos que se han sucedido en Madrid y los gobiernos, la trasformacion de la corte ha seguido una progresion tan ascendente, que si así continúa, y Dios lo quiera, se conseguirá que se iguale en pocos años á las demás residencias reales de Europa.

Veamos cómo en nuestros dias fué creciendo aquel Madrid, si no al nivel de la corte de Francia, si en proporcion del estado y de riqueza de ambos pueblos: teniendo en cuenta que Francia tenia revoluciones pasajeras, y España sufrió una guerra civil de nueve años en dos periodos, y un estado constituyente y revoltoso casi creciente.

Los reyes, los gobiernos, la villa, la aristocracia, las sociedades, los capitalistas y propietarios, etc.: todos han contribuido mas ó menos á las mejoras de que ya disfruta Madrid; y á las de la Puerta del Sol contribuyó toda la nacion.

Mucho queda por hacer, y que se hará con un poco de constancia, perseverancia y buen deseo; y corto tiempo ha de trascurrir para que los que con tanto afán y entusiasmo trabajaron y escribieron para el logro de sus deseos, de los nuestros y de todo el pais, los vean realizados.

¿Cómo son en la actualidad los alrededores de Madrid?

Coloquémonos en lo mas elevado de la Montaña del Príncipe Pio. Fijémonos en los Carabancheles, y paseemos revista al panorama que se descubre. Nadie negará que esos pueblos son alegres y cuentan con hermosos y frondosos bosques y jardines, y por debajo de ellos están las alamedas del canal y del rio, los paseos de la Cuesta de la Vega y Campo del Moro, en la antigua Tela, siguiendo á aquellos pueblos el reciente establecimiento del campamento y escuela práctica de artillería, una colonia militar, con su capilla, jardines y arbolado hasta Madrid por la carretera de Extremadura. Continúa la Casa de Campo con su frondosidad, con su lago y otros recreos. A esta posesion se une la de la Florida, Moncloa y mas allá el Pardo.

Siguen las nuevas poblaciones ó barrios de Argüelles y Pozas, en el cerro árido titulado del Príncipe Pio, sitio destinado antes á fortificaciones en momentos de conflictos, á campo militar y á tejares. Un soberbio cuartel se eleva ahora en su centro y á sus piés la estacion del ferro-carril del Norte.

Mas allá de esas poblaciones de tipos tan diferentes y bellas, está el gran depósito de las aguas del Lozoya, obra colosal desde su presa en el rio hasta su depósito y distribucion por todas las calles, casas y paseos de la villa. Este depósito, y el que está en construccion, hacen ya del antiguo Campo de Guardias un sitio ameno, por la abundancia de agua y arbolado.

El pueblo de Chamberí, aunque mal replantado, crece y ocupa otro de los áridos espacios que cercaban á la corte, y se enlaza por paseos con calles de árboles, al barranco-muladar de la puerta de Recoletos, trasformado en avenida-paseo grandioso, con laberintos, fuentes, fondas, palacios, juegos; y una Casa de moneda suntuosa y de buena construccion. Paseo titulado de la Fuente Castellana.

El barrio de Salamanca cubre el terreno elevado que estaba dedicado al cultivo de cereales; uniéndose á ese nuevo vergel llamado Campos Eliseos, surgido de un olivar triste y abandonado.

La calle-carretera, con paseos de acacias, separa únicamente á los Campos Eliseos del grandioso Buen-Retiro, que viene á terminar con sus bosques de pinos, almendros, y su Observatorio astronómico, á los olivares y templo de Atocha.

Debajo de Atocha y al otro lado de la carretera de Valencia, existe la estacion del ferro-carril del Mediodia, dando vida y animacion á aquella zona de las afueras de Madrid, tocándose con los barrios del Sur, Delicias, Nueva Numancia, Docks, Canal y con el rio hasta los Carabancheles, punto de partida de nuestra revista.

¿Y qué debemos observar, y en qué debemos fijarnos ahora? En que lo que hay no es tan malo como se suele decir, y en que debe ser muchísimo mejor.

Lo que hace treinta años llamaban afueras de Madrid, ya no existe, pues las reemplazan: paseos, barrios nuevos, estaciones, jardines, edificios y depósitos de aguas: que la mayor parte del muro de recinto, y varias puertas han desaparecido: que la poblacion tiene agua con abundancia: que su alumbrado mejoró: que sus calles y caserío sufrieron una trasformacion radical, siendo cada plaza un jardín de recreo; y contando con un teatro Real, otros doce, salones de baile, dos circos ecuestres, la plaza de toros y los Campos Eliseos.

Ahora bien: lo que se quiere y queremos todos, es que los alrededores de Madrid, á lo menos en una zona de una legua, aparezcan como aparecen por el lado de la Casa de Campo y la Moncloa, cubiertos de caseríos, quintas, bosques, canales, y rica feracidad por todas partes.

Para comprender bien esto, coloquémonos en la glorieta del antiguo telégrafo del Buen Retiro. La extension de campo que se descubre es grande, y sin llegar á los Angeles, ni pasar de los Carabancheles, hay el suficiente para crear cuanto la imaginacion mas fecunda pueda inventar en lugares de recreo, y de desarrollo de una gran vegetacion. Lo mismo sucede en la zona, desde la carretera de Alcalá á la Moncloa.

La desigualdad del terreno se presta á todos los caprichos y combinaciones. Las poblaciones se ven en número de seis: los caminos están contruidos: el agua, aunque poca, existe por debajo del arroyo Abroñigal y por el Henares y con abundancia á poca profundidad de la superficie del terreno: las areniscas y arcillosas tierras, bien abonadas dan resultados no despreciables, y todo esto queda probado con los grupos de árboles que adornan en algunas partes al Abroñigal en su tortuoso lecho: con las huertas que se ven, y con esos pequeños oasis que cual verdes ramos, esparcidos sobre arenal monótono, dicen á la indolencia del hombre, lo que el trabajo y la inteligencia obtienen de aquello que se considera mas ingrato é improductivo.

Agréguese á todo lo expuesto la disposicion del terreno, para que corriendo el canal de riego del Lozoya por la loma que casi forma horizonte, de esos campos; sus derivaciones los regasen con gran facilidad y economía, dándoles una vida y amenidad, de que hoy no disfrutan.

Pero vengamos ahora a tratar la cuestion principal. ¿Existen en la zona indicada, terrenos sin cultivar y abandonados?

No, por cierto.

Las tropas de la guarnicion de Madrid casi no tienen donde instruirse, á no ser en las dehesas lejanas y molestas para las diarias maniobras.

Todos los terrenos se cultivan, unos de secano, otros de riego. Los dueños de ellos sacan sus cosechas de forrajes, cebadas trigos y hortalizas, y los benefician y abonan, y esto lo vemos aquí todos los dias.

Los dueños de todos esos terrenos, ¿pueden trocar su labor actual de cereales por el plantio del arbolado, casi improductivos en los primeros años?

De ninguna manera.

¿Es posible que el ayuntamiento, ó sociedades, ó capitalistas, ó el gobierno, adquieran esos extensos campos, para convertirlos en sitios únicamente de recreo solaz, de utilidad higiénica y de amenidad?

Casi una negativa se puede dar.

Porque si fuera esto posible y productivo, ya se hubiesen levantado quintas y villas, siendo así que cuesta un caudal conseguir un dia tales sitios.

De todo tendremos que no son las afueras de Madrid lo que eran hace pocos años: que el progreso en mejoras es muy rápido; que estas crecerán por meses, y que con la pronta realizacion del canal de riego del Lozoya, y con algo que haga el gobierno, el ayuntamiento y los ricos, bien pronto puede cambiar lo que aun se ve despoblado de árboles y caseríos en los alrededores de la corte en el radio de una legua ó menos.

Es necesario no perder de vista que la mitad del perimetro exterior de Madrid lo ocupan magnificas posesiones reales, no todas abiertas al público, y las que lo están, con restricciones lógicas y naturales.

Si este vecindario pudiese disfrutar ampliamente de sitios públicos, como esas posesiones reales, ¿podria pedir mas?

Pues crear tales posesiones es cuestion del tiempo, de la abundancia y de la paz, contando con el agua necesaria.

Por el pronto hay que perseverar en la plantacion de árboles y en proporcionar agua á los campos.

Que el ayuntamiento plante todos los años, de sus viveros, cuantos árboles pueda, que bastantes sitios tiene donde hacerlo sin necesidad de gran riego; que lo mismo haga la administracion de los sitios reales; que planten pinos, eucaliptus, chopos, álamos, plátanos, etc., y que dejen las acacias para jardines y calles.

Plántese todo el arroyo Abroñigal, planten en todos los terrenos de sus propiedades: en San Isidro faltense verdaderos bosques: en los paseos de Atocha faltan dos filas de árboles, desde la ermita al kiosko; orillense las dificultades que existan, y que desaparezca el altillo de San Blas, reemplazándolo casas ó jardines; en varios paseos hay bastantes claros sin árboles; no se descuide repoblar la carretera de Andalucía y todas las demás; plántese mucho en el canal y márgenes del rio.

El gobierno debe contribuir á que las inmediaciones de los depósitos de agua del Lozoya, se conviertan bien pronto en frondosos jardines y paseos públicos y juegos y sitios de recreo.

Y no se desista en plantar árboles ya crecidos; y lo que podemos obtener en dos años, no aguardemos á poseerlo en ocho ó diez.

Además del canal proyectado, utilícense los nuevos inventos en pozos del momento y norias mecánicas.

No basta crear cosas nuevas, sino que es preciso cuidar mas lo que existe en las afueras de Madrid. Es indispensable que el ayuntamiento haga cumplir los bandos y leyes de buen gobierno y de ornato público, y que en su efecto se conserven siempre bien revocadas, blanqueadas, pintadas, aseadas, etc., las fachadas de las fábricas, casas particulares y del Estado, posadas, paradores, mesones, tiendas, figones, casetas, puestos de vinos y ventorrillos que existen al rededor de la villa: haciendo desaparecer los sombreros ó chozas de viejas esteras, que tan mal efecto hacen y que tan poco favorecen á la corte.

Al entrar y salir de Madrid, que se vea, si no mas policia y buen ornato que en su centro, á lo menos el mismo.

Para la generalidad de las personas, las cosas de forma tienen mas importancia que las de fondo, y reformas parecidas se han llevado á cabo en el interior de la poblacion, respecto á fachadas, puestos de aguas y de frutas, mercados, mataderos, plazas y otras muchas que seria prolijo enumerar y que hacen el elogio de la municipalidad.

¿Y se dejará dormir la cuestion capital de los cementerios? No lo esperamos y creemos que su pronta resolucion no se retardará por mucho tiempo.

¿Y no seria conveniente perseverar tambien, en cubrir la falta que se nota en la corte de España, respecto á estatuas y bustos en plazas y paseos, que además del ornato público fuesen testimonio perenne de nuestras glorias, representadas en inclitos monarcas, santos varones, valientes guerreros, sabios jurisconsultos, ministros célebres, atrevidos navegantes, envidiados literatos y afamados artistas...?

Tambien debe insistirse en la dotacion inmediata de lavaderas públicas, y sobre todo de establecimientos de baños de todas clases para ricos, para la clase media, para pobres, para las tropas, colegios y asilos de beneficencia.

Pero fijémonos antes de emprender obras costosas en su verdadera utilidad.

¿Hubiera sido mas conveniente emplear los muchos millones que se han gastado en el replanteo y desmontes de las nuevas calles del ensanche; en otras obras de mas inmediata necesidad y utilidad?

Yo no lo puedo resolver; pero me atreveré á exponer que al observar en muchos años las calles trazadas, sin que en ellas se editique, y mas de 2,000 cuartos desalquilados dentro de Madrid, y al ver tanto bracero cavando tierra hace tanto tiempo, creo que muy adelantado estaria el canal de riego y otras reformas que necesita la corte, de mas utilidad que la mayor parte de su ensanche, si esos braceros se hubiesen dedicado á lo que indico.

La comparacion de Madrid con Paris, con Viena, con Berlin y otras capitales, siempre será desventajosa.

Madrid ocupa un terreno ingrato; no lo baña un caudaloso rio, y se levanta en terreno accidentado.

El arbolado de cierta especie sufre mucho por la altura que ocupa y los vientos que lo combaten.

Véase lo que es Aranjuez, casi exclusivamente por su posicion y su rio.

A nuestro pueblo aun no ha llegado el refinamiento en los gozes, en los placeres y en los vicios, que á otros: y sobre esas mejoras que deseamos para las inmediaciones de Madrid, debe cuidarse al imitarlas del extranjero, no tomar todo de ellas respecto á distracciones; y si de su belleza, comodidades, amenidad, vergeles y sanos recreos; pues ciertas diversiones serian indudablemente dañosas hoy al pueblo español.

Mejórese lo que existe, y empréndase lo que hace falta, y en primer lugar el canal de riego.

JAVIER DE SANTIAGO Y HOPPE.

La marina mercante

CON MOTIVO DEL CORTE DEL ISTMO DE SUEZ.

Con el precedente título M. Marios Fontane, persona entendida en la materia, acaba de publicar un trabajo interesante por el fin á que se dirige y por el modo luminoso con que trata el asunto.

En fin, no puede tener una utilidad mayor, puesto que se encamina á preparar la trasformacion que en la marina mercante debe producir dentro de pocos me-

es el desvío del comercio de Oriente del camino que le señaló Vasco de Gama por un medio que correspondía á todas las necesidades de la navegacion actual.

No basta, dice, al acercarse un acontecimiento semejante, el resolverse á aprovecharlo; es menester tambien y muy particularmente prepararse para recoger inmediatamente todo el fruto que puede producir. En la lucha pacífica en que entrará la marina del mundo, en nombre de la libre concurrencia, el vencedor será el que llegue primero con buenas armaduras al campo del combate.

Cree M. Fontane que es una coincidencia feliz que la crisis marítima que se atraviesa haya ocurrido en visperas de la revolucion comercial que va á producir el corte del istmo, y divide en dos partes principales el estudio que acerca de ello se propone, á saber:

1º Estado de la marina mercante.

2º Porvenir de la marina mercante.

Pasando al exámen del primer punto, hace observar el autor, que mientras en los últimos años el comercio toma un gran incremento, la marina mercante sufre un malestar incuestionable.

De este fenómeno saca consecuencias importantes, y si bien no estamos acordes con él acerca de las deducciones absolutas de algunas de ellas, creemos que merecen estudiarse, así por los datos en que se apoya como por la trascendencia que entrañan.

Estudiando la marcha del comercio de 1840 á 1860, halla que en este período Francia lo ha aumentado en la proporción de 159 por 100; Inglaterra, de 102 por 100; los Estados Unidos, de 202 por 100; Bélgica, de 177 por 100; Austria, de 154 por 100, y Rusia de 93 por 100. La navegacion internacional aumenta en igual período de 20 años, por la Francia, de 83 por 100; por Inglaterra, de 161 por 100; por los Estados Unidos, de 266 por 100; por Bélgica, de 188 por 100; por Austria, de 240 por 200; y por Rusia de 141 por 100.

« ¿Es posible, dice M. Fontane, que semejantes elementos de prosperidad se conviertan en detrimento de aquellos que deberían obtener de ellos sus mayores beneficios? ¿Es posible que ese inmenso desarrollo comercial y marítimo empobrezca precisamente á aquellos que son sus agentes indispensables? ¿Es posible, en una palabra, que este aumento comercial coincida con la ruina de aquellos de quienes no puede pasarse el comercio, esto es, de los trasportes marítimos? »

« Mientras que el comercio y la navegacion aumentan, los buques disminuyen (relativamente) y los navieros se arruinan. ¿Existe acaso un vicio radical en la economía de las empresas de trasportes marítimos, en los sistemas que emplean? »

« Dos solos sistemas, añade, se hallan, por decirlo así, actualmente en presencia, y se distribuyen los trasportes de mercancías; los buques de vela y los buques de vapor. »

Hé aquí cuál es en su concepto la situacion del primer sistema, esto es, de la marina de vela:

« Parece imposible, continúa, á quien ve un buque de vela, cargado de mercancías, salir de un puerto, que ningun otro sistema de transporte pueda llegar á reemplazarle. Esta opinion dominó largo tiempo en el mundo comercial. Si bien al presente se admite generalmente que en ciertas circunstancias la marina de vela es de un empleo desventajoso, muchas opiniones insisten en atribuirle una existencia eterna.

Es evidente que un exámen superficial de las condiciones de la navegacion de vela impresiona tan vivamente que uno se siente inclinado á considerar como una burla toda comparacion con cualquier otro sistema de transporte. Esta impresion dominante por largo tiempo y generalmente, en Francia sobre todo, habrá sido ciertamente una de las principales causas que han perjudicado el progreso de la industria de los trasportes marítimos.

« ¿Podrá el camino de hierro, se dice, cuya construccion es tan costosa, y la conservacion tan cara, hacer concurrencia á un buque, de anchos costados, lleno de mercancías, tan sólido y al mismo tiempo tan ligero que una pequeña brisa lo hace mover, de tan fácil manejo, que una tripulacion de pocos hombres basta para conducirlo, que no consume mas que el alimento de sus conductores? ¿Cómo competirán con él las mensajerías con sus caballos y sobre todo los buques de vapor con sus calderas insaciables? Lo hemos dicho ya, el entendimiento se negaba á creer en la posibilidad de ninguna concurrencia.

« En medio de este dulce quietismo, las naciones se han visto sorprendidas por los hechos que las han admirado. El primero, del todo práctico; y el segundo, por decirlo así, teórico. El cabotaje de vela, que estaba tan seguro de su suerte, se vió de repente absorbido por los caminos de hierro, y despues asistió al espectáculo inesperado de que los buques de vapor venían á su vez y con buen éxito á hacer concurrencia á los caminos de hierro. Tal es la situacion actual. El cabotaje inglés y francés se ve obligado mas y mas cada día á ceder su puesto á los buques de vapor.

« El hecho teórico, que fué una ruda leccion para los navieros franceses, resultó incuestionable de la investigacion sobre la marina mercante provocada en 1860 por los mismos que se habian dejado sorprender.

« Resulta de los datos cuidadosamente recogidos, que Francia, que en 1840 poseía 15,511 buques de vela, no tenía mas que 14,228 en 1850 y 14,608 en 1860. Es decir, que en veinte años el efectivo de los buques de vela, lejos de seguir el inmenso desarrollo de su comercio, se hallaba en disminucion.

« La Inglaterra no se presentaba en la misma inferioridad.

En 1840 tenía 21,883 buques de vela; en 1850, 24,799, y en 1860, 25,663, aumento mezquinísimo si se compara con el acrecentamiento enorme de su comercio.

« Austria con Venecia y Trieste, abundantes planteles de marinos, acusaba una decadencia considerable. En 1839 contaba 5,723 buques de vela; llegaba en 1849 á 6,083 para bajar en 1859 á un efectivo de 3,275.

« El resultado, por lo mismo, no ha sido dudoso. Los caminos de hierro habian destruido el cabotaje en las costas de Francia é Inglaterra, y los buques de vapor dieron un golpe decisivo á la industria de los navieros.

« Esta misma decadencia se hallaba confirmada en el hecho de una disminucion desastrosa en la construccion de los buques de vela. Inglaterra, que es uno de los primeros astilleros, en lugar de los 1,144 buques de esta clase que habia lanzado al mar en 1841, no construyó mas que 818 en 1860.

« Y si se considera que en el total de la construccion de los buques de vela entra la serie numerosísima de las lanchas dedicadas á la pesca, ú otras empleadas en los puertos, y cuya duracion es tan corta, se podrá juzgar de qué peso pudo ser esta revelacion para los navieros.

« Segun las leyes generalmente admitidas de las condiciones comerciales, se habria podido deducir de estos hechos el consuelo de que el oficio de trasportes marítimos iba á ser mas lucrativo á medida que disminuía el número de buques, atendido el aumento progresivo del movimiento comercial; pero no ha sido así. La decadencia de la navegacion de vela no se ha detenido, y la situacion de los navieros ha llegado á ser tal, que uno de ellos, dirigiéndose al ministro del ramo, se expresó en estos términos en la investigacion oficial:

« El hijo de un naviero francés, enriquecido por excepcion en el comercio de mar, se convertirá en propietario, agrónomo, en cualquier cosa, excepto en naviero. »

« ¿Es posible citar una prueba mas deplorable de decadencia? »

Dice el autor que solo examinando en todos sus detalles las condiciones de existencia actual de un buque de vela puede explicarse esta situacion.

La índole de este escrito no nos permite seguir á M. Fontane en todos los pormenores en que entra en demostracion de su aserto, resultando de ellos que los tres elementos principales de la industria, á saber: los gastos de construccion, los de conservacion y los de tripulacion para su alimento y salarios, lejos de disminuir han aumentado considerablemente.

« Para hacer frente á esos gastos, continúa el autor, el naviero solo tiene un filon de ingresos, que es el flete, y cuenta con mil elementos de gastos. Si pierde un solo día, los gastos de amortizacion, de conservacion, de tripulacion y demás, son una carga para su propiedad. Si fallan los trasportes para puntos lejanos y se ve obligado á recibir un cargamento de cabotaje, debe luchar con los caminos de hierro y la navegacion de vapor.

« ¿Y qué dificultades puede hallar en un viaje lejano de la India, por ejemplo? El buque parte; llega á su destino, y no puede regresar, debiéndose contentar con viajes en el Océano índico para subvenir á sus gastos, aguardando una ocasion que le permita regresar al puerto de partida con condiciones aceptables. Son raros los buques de vela que hacen al otro lado del Cabo de Buena Esperanza un viaje redondo é inmediato de ida y vuelta.

« Para luchar con tantas causas de inferioridad, ¿á qué no han apelado los navieros? Han llegado hasta á disminuir el velamen para llevar menos tripulacion, pero estas economías no pueden hacer frente á los gastos que hemos enumerado.

« No hay una sola persona, declaraba M. de Courcy al ministro de Comercio en 1860, que haya colocado dinero en el fondo de un buque que á la larga haya debido felicitarse de esa inversion.... Considero como un hecho incuestionable, que en Francia la industria marítima no puede ser provechosa sino á los capitanes ocupados en ella. »

Sin duda por carecer de datos M. Fontane no se ha ocupado de la marina de vela española en las cuestiones que ha ventilado. Aunque tampoco los poseemos en este momento para poder precisar el movimiento que ha tenido en estos últimos años, comparándole con el desarrollo del comercio, desde luego creemos poder consignar sin temor de aventurarnos, que numéricamente ha seguido aquella el descenso de la generalidad de los demás pueblos, fundándonos para ello en la paralización que hace tiempo sufren los astilleros catalanes que antes lanzaban anualmente al mar un número considerable de embarcaciones.

Tan solo la accion destructora del tiempo y de los siniestros á que está sujeta la navegacion, bastan en un corto tiempo, si no se reparan sus pérdidas con nuevas construccion, para disminuir notablemente el número de buques de una nacion. Que la situacion de la marina española es aflictiva, lo ha revelado no solo las informaciones oficiales que se han formado, sino tambien los justos lamentos y los grandes quebrantos de los interesados en este importante ramo de riqueza.

Algunas de las causas á que atribuye M. Fontane la decadencia de la marina de vela en las naciones que pasa en revista puede haber influido en la de la nacion española, pero otras no deben haber hecho sentir su accion, al menos de una manera sensible, sino en puntos determinados. Deducimos, por ejemplo, de las relaciones de buques entrados en puertos españoles que el cabotaje ha de haberse resentido mucho de la navega-

cion de buques de vapor que lo explotan en su parte principal.

Los caminos de hierro no obran poderosamente como elementos de trasportes internacionales ó de una misma nacion á largas distancias sino cuando están terminados y puede circular por sus arterias toda la vida propia que engendran y la ajena á que sirven de intermediarios, y sabido es por desgracia que hasta hace poco no se han terminado completamente algunas de las grandes líneas españolas, y que las mas se hallan truncadas con inmenso quebranto de los valores que las representan y del pais en general. Por lo tanto poco daño debe atribuirse á esta grande industria de nuestro siglo en las pérdidas sufridas por la marina mercante española.

La línea de vapores de las Antillas, única que tenemos y que con gloria de la marina catalana inauguró y sostiene la España, así como las líneas de vapores de las naciones á cuyos puertos acuden los pasajeros que van á otros puntos, pueden haber influido en mermar sus ganancias en este ramo de productos; pero no nos parece ser este un elemento capital para atribuirle una parte crecida en los daños que ha experimentado nuestra navegacion de vela.

La guerra de los Estados Unidos, que por algunos años la privó del provechoso flete de los algodones, y las cuestiones promovidas con las antiguas posesiones españolas de América, son causas que á nuestro entender deben haber influido mas fuertemente en la situacion deplorable á que han llegado las cosas. De estas causas, la primera ha desaparecido, si bien los nuevos hábitos adquiridos en procurarse aquel lanaje los consumidores, mermarán mas ó menos tiempo aquel importante ramo de fletamento.

Tantos contratiempos han dado el golpe mortal, en nuestro pais mas aun que en otros, á la organizacion de los capitales que alimentaban la navegacion y que con la contribucion de los pequeños ahorros de muchas personas de cortos haberes habian facilitado á los capitanes la habilitacion de sus buques, llegando en algunos puntos, como en las Baleares, y aun en cierto modo en Cataluña, á constituirlos por el interés que en el buque tenían los mismos tripulantes y sus familias, en una verdadera sociedad cooperativa, que se habia adelantado de muchos años á este nuevo ensayo hecho en el día para resolver la cuestion del trabajo, uno de los grandes problemas que se han agitado en nuestro siglo y cuyo acierto mas le interesa.

Pasando á concertarse, como pasa ya, la propiedad de los buques de vela en manos del comerciante, lo que les dará recursos suficientes y direccion acertada, desapareciendo, como es de esperar, muchas trabas que han entorpecido sus movimientos y aumentado sus gastos, confiamos que, al menos por lo que se refiere á la navegacion española, han de pasar muchos años antes para que se realice el tremendo pronóstico que hace M. Fontane al decir «que así como la primera locomotora fué como la sentencia de muerte de la última mensajería, del mismo modo el primer buque de vapor lanzado al mar ha sido la sentencia de muerte del último buque de vela.

A. B.

(Se continuará.)

La revolucion en España.

La revolucion ha triunfado en España, y aunque naturalmente estos sucesos tienen un lugar preferente en la *Parte Política* del CORREO DE ULTRAMAR, la *Parte Literaria* debe igualmente á sus lectores la narracion ilustrada de los episodios mas notables de esa misma revolucion anti-dinástica. Entre estos episodios el primero es el alzamiento en Cádiz, de donde salió el grito que se repitió despues en toda la Península.

El pronunciamiento de Cádiz, del cual se ve un episodio en nuestra primera lámina, segun el *Diario* de aquella capital, pasó del modo siguiente:

En la tarde del 17 empezó á circular en la poblacion la noticia de que los buques de guerra surtos en la bahía esperaban la llegada de varios generales para enarbolar la bandera de la revolucion. A las once de la noche parece que llegó el general Prim á bordo de la *Zaragoza*, y empezaron á formarse grupos en la plaza de San Antonio. Estos grupos se deshicieron pocos momentos despues por haber corrido el rumor de que no se efectuaría el movimiento hasta la mañana siguiente, por no poder salir hasta entonces las fuerzas del regimiento de Cantabria. Algunos grupos, sin embargo, permanecieron en las plazas de los Descalzos y de la Libertad hasta el otro día.

A las siete y media de la mañana del día 18 se publicó por un piquete de artillería el estado de guerra, y entre tanto las fragatas *Villa de Madrid*, *Zaragoza* y *Tetuan*, los vapores *Isabel II*, *Vulcano* y *Ferrol* y las goletas *Edetana* y *Ligera*, así como tambien todos los guarda-costas, se fueron poniendo en línea en la bahía desde la entrada del puerto.

Poco despues de la una dió la escuadra una salva de 21 cañonazos, subiendo las tripulaciones á las bergas y dando entusiastas vivas.

Una comision compuesta de los señores Sanchez Mira, Bolaños, Ibaúrie y Guerra, se presentó en los cuarteles de San Roque y Santa Elena, donde se hallaba el regimiento de Cantabria, al frente del cual se puso el co-



REVOLUCION ESPAÑOLA. — Cádiz. — Los gaditanos dirigiéndose al puerto para apoderarse de los buques fondeados en la rada.

ronel Merelo, que hacia dias se hallaba oculto en la plaza.

Poco despues se unieron á estas fuerzas los paisanos armados que se hallaban ocultos en la fábrica de algodones, habiendo entonces entre paisanos y militares una escena de entusiasmo indescriptible.

El coronel Merelo ordenó que fuesen los paisanos y dos compañías de Cantabria á ocupar el edificio de la aduana, lo que se hizo sin demora. En la aduana se sometieron el piquete de guardias civiles y los carabine-ros allí acuartelados, como ya lo habian hecho sus compañeros que estaban en la muralla.

El capitán de infantería de marina, señor Barrero, estuvo toda la noche en los cuarteles con el señor Merelo. Este denodado coronel mandó inmediatamente poner en libertad al señor Cala y otros liberales que habian sido presos en los últimos dias á su llegada á Cádiz. También ordenó que fuese á bordo un oficial para dar parte de lo ocurrido, el cual volvió con la noticia de que el general Prim y el brigadier Topete desembarcarían al amanecer.

Al toque de diana la banda del regimiento de Cantabria, colocada en la galería de la casa consistorial, tocó el himno de Riego, y á las seis de la mañana entraron en la plaza los señores Prim y Topete, en medio de las aclamaciones de la numerosa multitud que discurría por la calle de San Juan de Dios y la de la Aduana.

El general Prim entró en el edificio de la aduana, á cuyos balcones tuvo que salir repetidas veces para ser victoreado.

El señor Topete, acompañado del estado mayor y de los oficiales de la secretaría de la escuadra, se dirigió al parque de artillería, donde se hallaban el coronel del arma, el capitán de la inspección y los demás oficiales de servicio, á los cuales manifestó el deseo de que la artillería correspondiese al llamamiento hecho.

Desde allí se dirigió el señor Topete al castillo de Santa Catalina, donde se habian recogido las fuerzas de artillería de á pie y el gobernador militar señor Bouligni.

Despues de una breve conferencia resignó el señor Bouligni el gobierno de la plaza y fué conducido por el mismo señor Topete á la capitania general.

Esto fué lo sucedido hasta el dia 21, sin derramar una gota de sangre.

La anterior relacion está traducida del *Diario Popular* de Lisboa, porque no tenemos el *Diario de Cádiz* á que se refiere. Por esta circunstancia es muy posible que haya alguna errata ó equivocacion en los nombres propios.

Ahora insertaremos á continuacion como documento histórico el manifiesto que los caudillos del alzamiento dirigieron á la España y que dice así:

ESPAÑOLES:

La ciudad de Cádiz puesta en armas, con toda su pro-

vincia, con la armada anclada en su puerto y todo el departamento marítimo de la Carraca, declara solemnemente que niega su obediencia al gobierno de Madrid, segura de que es leal intérprete de todos los ciudadanos que en el dilatado ejercicio de la paciencia no hayan perdido el sentimiento de la dignidad, y resuelta á no deponer las armas hasta que la nacion recobre su soberanía, manifieste su voluntad y se cumpla.

¿Habrá algun español tan ajeno á las desventuras de su pais que nos pregunte las causas de tan grave acontecimiento?

Si hiciéramos un exámen prolijo de nuestros agra-

versal silencio por las frecuentes noticias de las nuevas fortunas improvisadas; del nuevo negocio, de la nueva real orden encaminada á defraudar el Tesoro público; de títulos de Castilla vilmente prodigados; del alto precio, en fin, á que logran su venta la deshonor y el vicio. Tal es la España de hoy. Españoles, ¿quién la aborrece tanto que se atreva á exclamar: «¡asi ha de ser siempre!»

No: no será. Ya basta de escándalos.

Desde estas murallas, siempre fieles á nuestra libertad é independendencia; depuesto todo interés de partido, atentos solo al bien general, os llamamos á todos á que

seáis partícipes de la gloria de realizarlo.

Nuestra heroica marina, que siempre ha permanecido extraña á nuestras diferencias interiores, al lanzar la primera el grito de protesta, bien claramente demuestra que no es un partido el que se queja, sino que los clamores salen de las entrañas mismas de la patria.

No tratamos de deslindar los campos políticos. Nuestra empresa es mas alta y mas sencilla. Peleanos por la existencia y el decoro.

Queremos que una legalidad comun por todos creada, tenga implícito y constante el respeto de todos. Queremos que el encargado de observar la Constitucion no sea su enemigo irreconciliable.

Queremos que las causas que influyan en las supremas resoluciones las podamos decir en alta voz delante de nuestras madres, de nuestras esposas y de nuestras hijas; queremos vivir la vida de la honra y de la libertad.

Queremos que un gobiernoprovisional que represente todas las fuerzas vivas del pais asegure el orden, en tanto que el sufragio universal echa los cimientos de nuestra regeneracion social y política.

Contamos para realizar nuestro inquebrantablepropósito con el concurso de todos los liberales, unánimes y compactos ante el comun peligro; con el apoyo de las clases acomodadas, que no querrán que el fruto de sus sudores siga enriqueciendo la interminable serie de agiotistas y favoritos; con los amantes del orden, si quieren verlo establecido sobre las firmísimas bases de la moralidad y del derecho; con los ardientes partidarios

de las libertades individuales y cuyas aspiraciones pondremos bajo el amparo de la ley; con el apoyo de los ministros del altar, interesados antes que nadie en cegar en su origen las fuentes del vicio y del mal ejemplo; con el pueblo todo y con la aprobacion, en fin, de la Europa entera; pues no es posible que en el consejo de las naciones se haya decretado ni se decrete que España ha de vivir envilecida.

Rechazamos el nombre que ya nos dan nuestros enemigos: rebeldes son, cualquiera que sea el puesto en que se encuentren, los constantes violadores de todas las leyes, y fieles servidores de su patria los que á despecho de todo linaje de inconvenientes la devuelven su respeto perdido.



REVOLUCION ESPAÑOLA. — Sevilla. — Los oficiales fraternizando con los sevillanos sublevados.

vios, mas difícil seria justificar á los ojos del mundo y de la historia la mansedumbre con que los hemos sufrido, que la extrema resolucion con que procuramos evitarlos.

Que cada uno repase su memoria, y todos acudireis á las armas.

Hollada la ley fundamental; convertida siempre antes en celada que en defensa del ciudadano; corrompido el sufragio por la amenaza y el soborno; dependiente la seguridad individual, no del derecho propio, sino de la irresponsable voluntad de cualquiera de las autoridades; muerto el municipio; pasto la administracion y la hacienda de la inmoralidad y del ágio; tiranizada la enseñanza; muda la prensa y solo interrumpido el uni-

Españoles: Acudid todos á las armas, único medio de economizar la efusion de sangre; y no olvideis que en estas circunstancias en que las poblaciones van sucesivamente ejerciendo el gobierno de sí mismas, dejan escritos en la historia todos los instintos y cualidades con caracteres indelebiles. Sed, como siempre, valientes y generosos. La única esperanza de nuestros enemigos consiste ya en los excesos á que desean vernos entregados. Desesperémoslos desde el primer momento, manifestando con nuestra conducta que siempre fuimos dignos de la libertad, que tan inicuaamente nos han arrebatado.

Acudid á las armas, no con el impulso del encono, siempre funesto; no con la furia de la ira, siempre débil, sino con la solemne y poderosa serenidad con que la justicia empuña su espada.

¡ Viva España con honra!

Cádiz 19 de setiembre de 1868.

Duque de la Torre. — Juan Prim. — Domingo Dulce. — Francisco Serrano Bedoya. — Ramon Nouvilas. — Rafael Primo de Rivera. — Antonio Caballero de Rodas. — Juan Topete.

Nuestro primer dibujo representa á los gaditanos dirigiéndose al puerto para apoderarse de los buques fondeados en la rada, hecho que tuvo lugar en la muralla delante de la iglesia del Carmen.

El segundo es el pronunciamiento de Sevilla, que se efectuó inmediatamente despues del de Cádiz. Las tropas que mandaba el general Izquierdo fraternizaron con los sevillanos en la Alameda, como se ve en nuestra lámina.

M. U.

Revista de Paris.

Paris lo convierte todo en espectáculo. El sábado último el entierro del conde Walewski, que se anunció previamente con todos los honores debidos á la alta dignidad del personaje, habia llamado á los bulevares una afluencia de gente tan extraordinaria, que durante largo rato la circulacion se tuvo suspendida, mientras la inmensa comitiva mortuoria fué desfilando entre aquellos miles de compactos espectadores. Hacia un tiempo magnífico, que convidaba en verdad á admirar los esplendores de tan soberbio cortejo.

Conducian el duelo los hijos del difunto, Carlos y Alejandro Walewski, y llevaban las cintas M. Rouher, ministro de Estado; el mariscal Vaillant, ministro de la casa del emperador y de las Bellas Artes; el marqués de Moustier, ministro de Negocios extranjeros; el duque de Persigny, miembro del consejo privado; M. de Royer, vicepresidente del Senado; y M. Lehmann, presidente de la Academia de Bellas Artes.

El emperador y la emperatriz estaban representados por el general Fleury, edecan del emperador, y por el conde de Rayneval, chambelan; así como tambien tenian sus representantes el príncipe Napoleón y la princesa Matilde.

Los altos dignatarios, las diputaciones de los altos cuerpos del Estado y de los cuerpos constituidos, figuraban igualmente en la ceremonia.

Concluido el servicio divino en la iglesia de la Magdalena, durante el cual se oyeron diferentes piezas de canto y de música sagrada ejecutadas por los principales artistas de la Opera, el cortejo se puso en marcha en el orden siguiente con direccion al campo santo del Padre Lachaise.

Un peloton de la guardia de Paris, á caballo; el estado mayor y un escuadron del 11° de cazadores de caballería; la 1ª division de infantería del 1er cuerpo; el 18° batallon de cazadores de infantería; el 51° de línea; el 62° de línea; una brigada de la guardia imperial; los zuavos de la guardia imperial; el carro fúnebre, rodeado de un batallon de la guardia de Paris, y seguido de tres maestros de ceremonias que llevaban, sobre almohadones de terciopelo negro, las insignias veladas de la gran cruz de la Legion de Honor, y las de todas las órdenes extranjeras que habian sido conferidas al conde Walewski durante su brillante carrera diplomática; el coche enlutado del difunto; el coche del emperador; el coche del príncipe Napoleon; el de la princesa Matilde; los de los ministros mariscales y almirantes; los coches de luto; los de todas las diputaciones de los cuerpos constituidos; una larga serie de carruajes de lujo; el 1er regimiento de granaderos de la guardia; la 2ª brigada de la 1ª division de infantería del 1er cuerpo; el 81° de línea; el 95° de línea; una batería del 11° de artillería; un escuadron del 3° de húsares; un peloton de la guardia de Paris á caballo.

Todas estas tropas se hallaban á las órdenes del mariscal Canrobert.

El desfile duró mas de una hora. El diario oficial del que tomamos la enumeracion que antecede, para hacer comprender á nuestros lectores que el espectáculo era digno de verse y admirarse, calcula que habia en los bulevares mas de 300,000 personas.

El marqués de Moustier, ministro de Negocios extranjeros, hizo en el campo santo el panegirico del difunto.

Principiando por señalar su origen extranjero, dijo que naturalizado francés en su juventud, el conde Walewski entró en el servicio militar y se distinguió en Africa. Pero ya desde entonces tuvo ocasion de demostrar sus disposiciones diplomáticas haciendo que el emir Abd-el-Kader de-

sistiera de un proyectado ataque contra una de las provincias francesas. Sin embargo, M. Walewski volvió á Francia en 1837, y entró en la vida civil ocupándose con vivo interés en las cosas de las letras y las artes.

Pasaron así algunos años, y despues de haber aceptado una mision diplomática en Egipto, fué nombrado ministro plenipotenciario en la Plata, llevando el encargo de interponer la mediacion de la Francia entre la república de Buenos Aires y la de Montevideo.

Entre tanto tuvo lugar la revolucion de 1848, y cuando el conde Walewski volvió á Francia, se encontró en visperas del imperio. Entonces comenzó verdaderamente su carrera de hombre público. Desempeñó misiones diplomáticas en Florencia en 1849, en Nápoles en 1850, y en fin en Londres en 1851.

« Su vasta correspondencia diplomática durante esta gran mision, dice el marqués de Moustier, es un modelo de abundancia, de vigor y de claridad; ella atestigua su hábil y prudente perseverancia y el triunfo de la política leal de que fué á la vez activo instrumento y representante. La alianza de los dos paises, preparada por el conde Walewski y cimentada en los campos de batalla de Crimea, fué la consecuencia. El 7 de mayo de 1855, el emperador le confiaba el ministerio de Negocios extranjeros, que debia dirigir durante cinco años, en medio de circunstancias muy propias para realzar el brillo de su administracion. Llamado al insigne honor de preparar la reunion del congreso de Paris y de presidir sus deliberaciones, supo consagrar los grandes resultados de la guerra de Oriente. En el curso de esta negociacion, no menos que en toda su vida pública, el conde Walewski no ha cesado de dar la útil leccion de la influencia que ejercen en los grandes negocios, la dignidad de carácter, la rectitud y la lealtad.

« Dotado de variadas aptitudes, uniendo á la ciencia política las cualidades mas brillantes del hombre de mundo, una inteligente aficion á las artes y las letras, comprendia todas las necesidades de nuestros tiempos, y cuando fué ministro de Estado y de Bellas Artes, dió muestras de ese elevado tacto que hace descubrir y recompensar el verdadero mérito, y alentar todos los esfuerzos. »

El conde Walewski ha fallecido á la edad de cincuenta y ocho años, y entre los servidores del imperio era uno de los que tenian un nombre mas popular.

Decíamos al empezar esta reseña del funeral del conde Walewski, que ha sido el acontecimiento principal de la semana parisiense, que en los bulevares se habia aglomerao una cantidad de poblacion como se ve únicamente en las grandes fiestas. Cada vez que este inmenso gentío se pone en movimiento y se ofrece á la contemplacion pública, no puede menos el observador de hacerse reflexiones de distinto género. Por ejemplo, se piensa naturalmente en lo que debe importar el consumo diario de Paris, que debe atender á las necesidades de tanta gente. Afortunadamente la estadística satisface nuestra curiosidad, y de una de las mas recientes vamos á tomar las siguientes noticias, que dan idea del orden establecido en la administracion local de esta populosa metrópoli.

Los mercados de Paris se proveen por 6,000 productores, los cuales están representados por 55 agentes especiales que se dedican á diferentes artículos de consumo, habiendo 12 para la harina, 12 para semillas, 3 para la venta de carnes por subastas, 8 para aves y caza, 3 para ostras, 8 para pescados de mar, 1 para pescados de rio, 1 para quesos, 5 para manteca y huevos, y 2 para frutas y hortalizas.

La comision que los productores abonan á estos agentes, es de 1 por 100, elevándose algunas veces hasta 2 1/2 por 100. Hay 8 mercados ó plazas de abastos para ventas al por mayor, 57 para la venta al menudeo, 1 mercado central de ganado y un extenso matadero.

Este, que es un magnífico edificio, consiste en 32 pabellones ó departamentos separados unos de otros por tres calles perpendiculares y tres transversales, formando así 16 plazas cuadradas, cada una de las cuales contiene 2 pabellones. Estos tienen establos para los diferentes ganados, y 123 *échaudoirs* ó departamentos para escaldar, limpiar y descuartizar las reses despues de muertas, cuyas operaciones se efectúan en un gran patio central que rodean aquellos edificios. La limpieza mas exquisita se mantiene allí. Los pisos están todos perfectamente embaldosados y con el declive ó inclinacion necesaria para que todos los líquidos converjan á un sumidero central, dotado de una abundantísima cantidad de aguas.

En los varios departamentos de este matadero hay empleados mil hombres, cuyo trabajo empieza á las cuatro en punto de la mañana en verano, y á las seis en invierno, y dura hasta la una de la tarde. A las dos llegan los carniceros y compran sus provisiones de carnes, que se colocan en carritos de pesos fijos y conocidos. Estos pasan así cargados á un departamento donde hay grandes básculas, y allí se pesan en bruto para el pago de derechos de consumos, cuya liquidacion se efectúa deduciendo el peso del carro.

El derecho asciende á 11 décimas de céntimo y una fraccion por kilogramo, además de 2 céntimos por derechos de matadero. En 1867 se mataron allí 799,448 animales, representando un peso de 46.417,024 hilógramos. El mercado de ganados, que está inmediato, consiste en tres grandes cobertizos paralelos. El del centro, reservado al ganado vacuno, mide 216 metros por 87; el de la derecha se destina á los cerdos, y el de la izquierda á los carneros; la extension de ellos es solo de 116 metros por 87. Además de estos departamentos hay dos grandes edificios para oficinas y

dependientes, y en el centro de ellos una magnífica fuente. El mercado de ganados cobra un derecho de 2 francos 50 céntimos por buey, 1 franco por ternera, 50 céntimos por cerdo y 25 por carnero; además de 50 á 10 céntimos de recargo adicional por cada noche que el animal pase allí.

Aunque la estadística parisiense tiene su interés en estas revistas, no abusaremos de ella, tanto mas cuanto hay asuntos que reclaman nuestra atencion igualmente.

Está para juzgarse en Francia una de esas causas que merecen la celebridad, porque se trata en ellas de crímenes afortunadamente excepcionales y dignos de severo castigo. La atencion de los tribunales se fijó hace algunos dias en la muerte de considerable número de mujeres en el pueblo de Corbarrien, y de las primeras diligencias practicadas resultó que estas mujeres habian sido víctimas de tentativas que no es posible precisar aun. Por otra parte, muchos niños de tierna edad habian sido degollados por una de las tres personas encarceladas á consecuencia de aquellas pesquisas. En una correspondencia de Montauban encontramos los siguientes pormenores sobre este asunto:

« El crimen se aclara por momentos, y á lo que parece, muchas gentes honradas están expuestas á dejar su reputacion entre las garras de ese terrible juez que se llama la opinion pública. Debeis comprender las razones que me obligan á ser muy circunspecto en esta cuestion: el rumor, por muy verosímil, puede á veces atacar el honor de personas inocentes.

Me limitaré, pues, á referir lo que resulta de las informaciones judiciales.

Tres mujeres se hallan en estos momentos en las prisiones de Montauban, y tendrán que dar cuenta al tribunal de un hecho horrible. La una, principal acusada, es la mujer Delpech; la otra es su hija, ex-corista del teatro de aquella ciudad, y la tercera es una planchadora.

La mujer Delpech se hallaba ya sujeta á la vigilancia de la autoridad. Triste vigilancia, pues que debiendo ser sospechosa para la policía, ha podido cometer tan grandes crímenes sin ser molestada hasta estos dias.

Dos condenas sucesivas habian valido á la acusada esta vigilancia de la justicia. Condenada una primera vez á cinco años de cárcel por robos, fué segunda vez sentenciada á dos años por haber producido, por medios artificiales, enfermedades en jóvenes para librarles del servicio de las armas.

La señora Delpech tenia un marido de un carácter muy bondadoso, segun parece. Dueña absoluta en su casa, lo llevaba por donde queria, y cuando habia terminado de comer le decia con mucha frescura « que estaba de sobra. » Es casi seguro que este debia sospechar la verdad, y sus compañeros de taller le habian visto muchas veces pensativo y entregado á monólogos muy significativos.

La Delpech debia estar muy satisfecha de su comercio, porque se encontraron en su casa provisiones en gran cantidad; azucarillos, licores, vinos, nada faltaba allí para entretener á su clientela. Siempre con la risa en los labios, con sus dos manos en los bolsillos del delantal, que cubria su abdomen notable por su desarrollo, no se hacia sospechosa á nadie, y al verla todo el mundo debia pensar que aquella era una buena mujer.

Para un observador el error no era posible, y su rostro amoratado por la bebida, sus grandes y redondeados ojos, en que se pintaba la crueldad, revelaban los instintos perversos de aquella mujer, y alguna vez que conseguia dar á su fisonomía un aire de honradez, era una pura comedia.

Todo en aquella mujer inspiraba la mas profunda repugnancia, y su cinismo asqueroso, su fria crueldad, su cobarde comportamiento contra criaturas inofensivas eran hechos que legitimaban semejante impresion.

La mujer Delpech tiene unos sesenta años. Es de elevada estatura, aunque parece menos alta á causa de su obesidad. Su traje es el de una mujer del campo y no tiene nada de esmerado.

Ignoro lo que hace en la cárcel, porque está incomunicada. Al entrar en la casa de detencion, dijo:

— Podeis agrandar estas habitaciones; el pueblo y la aristocracia tendrán aquí muy pronto representantes.

Cuando le anunciaron que su hija estaba presa, exclamó:

— ¡ Oh! Es tan culpable como yo.

La justicia prosigue su terrible mision sin descanso. Despues de haber hecho limpiar los comunes de la casa habitada por la acusada, donde se ha encontrado una niña de nueve meses, se han hecho otras muchas pesquisas.

Cierto número de tibias y otros huesos se hallaron en su habitacion. Por indicaciones de los acusados se registró bajo la escalera de una casa que la Delpech habia habitado hacia algun tiempo, y se descubrieron tres cadáveres de niños que estaban allí enterrados.

Las investigaciones continúan sin interrupcion, y nadie duda que la justicia llegará á conocer el último detalle de este horrible drama, tanto mas espantoso, si se tiene en cuenta la naturaleza de los criminales y las escenas que individualmente han debido provocar.

Como se ve, todo en este horrible asunto es de una gravedad desconocida. La avaricia ha sido la causa de todos estos crímenes. Las madres de las tiernas criaturas creian encontrar en la mujer Delpech una buena mujer que se encargaba de encomendar á las inocentes criaturas en manos de excelentes nodrizas. Por este servicio, que aceptaba con mucha solicitud, cobraba las mensualidades adelantadas, y... y lo demás ya se comprende. Desembarazada de las criaturas, cobraba todos los meses el dinero destinado á su lactancia. »

¡Qué aviso tan espantoso para las madres que con tan deplorable facilidad entregan sus niños á las nodrizas campesinas! Pero abandonemos esta cuestion que se presta á tan tristes reflexiones, para echar nuestra ojeada de costumbre á los teatros parisienses.

La novedad importante de la semana es el drama en cinco actos y ocho cuadros, titulado *Cadio*, de Jorge Sand y Paul Meurice, representado en el teatro de la Puerta de San Martin. El teatro estaba brillante: era una de esas noches en que la sociedad escogida de Paris quiere hacer honor con su presencia á un autor que merece estas distinciones.

Cadio es una novela dialogada de Jorge Sand, en que se trata de las largas y encarnizadas luchas de los blancos y los azules. Es el cuadro pintado al vivo de aquella terrible guerra civil de la Vendée que hizo tantas víctimas.

Un drama de tantas aventuras, de tantas batallas y tantas intrigas no se presta fácilmente al análisis, y además todo análisis de este panorama animado daría una idea muy imperfecta de la obra. Así nos limitaremos á decir que el público se interesa vivamente con los variados y múltiples cuadros en que se desarrolla esta página de historia escrita con ese estilo incomparable de Jorge Sand, y perfectamente adecuada á la escena por M. Paul Meurice. Melingue, el actor popular por excelencia, hace un húsar de la república, que se contará entre sus primeras creaciones, y Roger, el aplaudido tenor de la Opera, tiene aquí un vasto campo para lucir su inteligencia teatral, que tan bien se amolda á todas las situaciones. Los demás artistas, y entre ellos la simpática Mlle Thuillier, contribuyen al buen éxito en el desempeño de esta obra.

MARIANO URRABIETA.

Historia.

CONSECUENCIAS INMEDIATAS DEL TESTAMENTO OTORGADO POR CARLOS II.

(Conclusion.)

No estaban entonces los dominicos tan bien quistos en Francia como en España; además de creerlos algun tanto adictos á ciertas opiniones no muy favorables á la dignidad régia, de haber contado entre sus filas al asesino de Enrique III; como la Inquisicion no se admitió en Francia, faltábale á la dicha orden de predicadores su mas firme y robusto fundamento. Otro apoyo tenia tambien en España; á saber, la rica y poderosa familia de los Guzmanes, cuyos individuos contaban entre sus ascendientes al santo fundador. En cambio la religion de Loyola se habia asentado sólidamente en Francia, y dirigia hacia ya años las conciencias de los príncipes y de los mas encopetados magnates. El padre Aubenton era jesuita; y como tal venia por mandato del rey de Francia á ejercer grande influencia, toda la que pudiera en los asuntos de nuestra patria, condenada á una vergonzosa tutela y dependiente de todo punto de extranjerías combinaciones, incapaces de labrar la felicidad á que aspiraba. Por otra parte, en aquellos tiempos de preponderancia clerical los confesores tomaban parte muy señalada en los negocios del Estado, siendo por lo comun el principal resorto, la verdadera influencia de que se valian los embajadores y ministros para acelerar ó detener el curso de las mas graves negociaciones, y para resolverlas definitivamente en su favor. Ejemplo de esto nos presenta la historia en las de aquellos famosos confesores que se llamaban Nithar, Everardo Diaz y Aubenton. Señal evidente, no de monarcas piadosos, sino de monarcas débiles, flacos de fuerza intelectual, y muestra evidente de un periodo decadente en la monarquía.

De esta suerte la princesa de los Ursinos preparó su plan para gobernar la España por medio de su influencia con la reina: falta ahora saber cómo gobernó; si los resultados produjeron mayor suma de bienes que de males, que en tal caso la historia la absolveria de toda culpa, atenta siempre mas que á las formas á la esencia de las cosas y á las consecuencias que producen.

Pintar en este momento el estado de la monarquía á la muerte del desdichado Carlos II, nos llevaria á escribir mas de lo que deseamos. Basta con decir que en aquellos infelicitos tiempos España no tenia ejército, ni administración, ni rey, ni justicia, ni nada. Las tropas que defendian imperio tan dilatado apenas llegaban á 20,000 hombres, y estos hambrientos, desnudos, sin moral ni disciplina. Las rentas públicas en un estado tan lastimoso, que pagaba el que queria y lo que queria, sin que los administradores tuviesen de dónde sacar fuerza para regularizar ú ordenar el repartimiento y la cobranza. La depredacion de los ministros y otros oficiales no tenia límites; los consejos enmudecian ó cooperaban á aquel despilfarro, atentos los individuos á la ganancia que le traia su culpable condescendencia. La ley habia desaparecido: el privilegio imperaba en su lugar, siendo esto, mas que otra cosa, el sintoma peor que presentaba aquella disuelta sociedad.

Vendíanse en pública subasta los empleos y las dignidades; los títulos de Castilla y las grandezas de España, recayendo gerarquía tan elevada en aquellos tiempos en personas, que ni por su linaje, ni por sus servi-

cios, ni por su nombre la merecian, sirviendo aquel repentino honor de escarnio y ludibrio mas que de lustre y de respeto. Los motines y sediciones frecuentes en Madrid, sin que el gobierno se encontrara con fuerza material ni moral para hacerse obedecer, y ni aun siquiera para hacer respetar la persona del monarca. La inquisicion omnipotente iluminaba la lobreguez de aquella desventurada noche con las hogueras que encendia para castigar con barbarie inaudita la inocencia del hombre representada en la libertad de su conciencia. El rey, encerrado en su palacio, si alguna vez salia, seguianle cerca turbas famélicas de lo mas bajo del populacho, y apellidábanle maricon, con otros epítetos injuriosos; ni para una revolucion tenia fuerzas bastantes la España, pues cuerpo ya espirante, su naturaleza consumida no podia hacer el mas pequeño estremecimiento sin que á aquella lenta agonía sobreviniera inmediatamente la muerte.

Por poco que hicieran los franceses habian de notarse muy pronto las consecuencias favorables en el repentino cambio dinástico. La misma guerra encendida en la nacion por las pretensiones austriacas y la codicia europea, inflamando varonil y patrióticamente el ánimo de los españoles, los sacó de aquel letargo, y favoreciendo unos pueblos la causa del austriaco, y otros la del francés, dieron pruebas de valor y de entusiasmo, recordando las grandes empresas de sus padres y emulando el valor y las virtudes de sus antepasados. El pueblo de Madrid, testigo mas que otro de la monarquía de las desgracias pasadas, fué el que con mayor entusiasmo recibió la nueva dinastía, y sin contar ni hacer caso de los reveses de la fortuna, de ellos mismos cobraba nuevo aliento, sin cejar ni un ápice; aspirando á terminar la obra con la victoria, que al cabo coronó su heroico esfuerzo. El poder real, reflejando el brillo del monarca que por tantos años reinó en Francia, apareció en el horizonte español, si no como un astro de nueva magnitud, al menos sin las tinieblas que causaba el eclipse total de los tiempos calamitosos de Carlos II. Es verdad que la influencia francesa no fué siempre buena, y que á la postre fué origen de grandes desgracias, pero en los primeros dias puede considerarse como lenitivo consolador al dolor que sufría nuestra patria, y punto de partida para época mas próspera.

Encomendado el gobierno á la inteligencia de una mujer, supo dar con acierto nuevo giro á los negocios en las mas árduas materias del Estado. Por ejemplo, la majestad real fué acatada por grandes y pequeños; y la institucion monárquica, tan decaída y falta de prestigio en el anterior reinado, cobró fuerza, y moderando las aspiraciones de los intrigantes, volvió á ser el áncora de salvacion en los momentos críticos ó peligrosos. Así aconteció, y bien pronto, cuando el azar de la guerra hacia dudoso el triunfo de las armas de Felipe, los pueblos volvian sus ojos con cariñosa esperanza hácia su rey, á quien ofrecian sus vidas con hidalgua castellana, para el dia en que, abandonado por su abuelo, fuese el triunfo de su causa en los varoniles esfuerzos de los españoles. No fueron muy felices los ensayos que la princesa hizo en la administracion del Estado. Siguiéron los consejos, quitando la unidad á la accion administrativa, y con sus lentos procedimientos, acabando con la paciencia y con la voluntad de los administrados que gastaban su tiempo en trámites pasados, en complicadísimos rodeos, que en vez de aclarar los pensamientos, cada vez los confundian mas; de que resultaban la mayor parte de las veces absurdas, anómalas y contradictorias resoluciones.

Poco hizo Orry, aun cuando parecia en ciertos momentos animado de buen deseo; pero como su intencion no era sana y su carácter antipático, llevaban sus reformas el sello de la reprobacion universal. Quiso la camarera reformar la etiqueta palaciega, y aunque aligeró algun tanto el número de los gentiles-hombres y de las damas de palacio, valiéndose de ocasion favorable, las resistencias fueron tantas y tan poderosas, que desistió de la empresa, quedando en pié la etiqueta introducida por la casa de Austria, que no guardaba ya armonía con las costumbres del siglo XVII.

Atenta principalmente á los cuidados de la guerra, buscaba aliados en los Estados neutrales, procuraba dividir á los enemigos y sacar partido de todos, aprovechando la ocasion favorable y los descuidos de ministros y embajadores. Sin embargo, las circunstancias eran muy difíciles; el apoyo que las armas del rey de Francia daban á nuestra causa, se volvia en contra nuestra, saliendo á la España muy cara la amistad que le dispensaba. Es mas que probable que las naciones marítimas Inglaterra y Holanda no hubieran mantenido por tanto tiempo la guerra, si la España hubiera estado sola en la contienda.

Mientras que la princesa de los Ursinos trataba como á enemigos á los españoles castellanos y perseguia á Portocarrero, Montellano y Ronquillo, desterraba del real palacio á las damas, y cambiaba sus servicios por el de unas camaristas de su eleccion y en corto número; la corte del pretendiente establecida en Barcelona no daba muestra de mas cortesía con los españoles catalanes. El archiduque tenia su favorito, y este como alemán propendia á favorecer los suyos con sumo perjuicio de la gente de la tierra. Tambien se encontraban en Barcelona algunos castellanos de los comprometidos en el anterior reinado, y entre ellos el conde de Oropesa, de tan funesta nombradía, pero hacian tan triste papel entre los amigos del pretendiente, infundian tal desconfianza, que mas que como aliados, eran mirados como espías, enviados y no para cosa buena por el bando enemigo. Triste era la condicion de España en aque-

llos momentos por disputarse los extraños el poder y las riquezas, y sombrío el porvenir por dividirse en él todos los males de la guerra civil y de la guerra extranjera, y aun hasta la pérdida de la independencia.

Las guerras no son eternas: en medio de los mas calorosos combates se sueña con la paz; despues de una victoria se tienen mas deseos, porque las condiciones en aquellos momentos han de ser muy favorables: por otra parte el archiduque, elegido emperador de Alemania, no tenia ya el mismo interés que cuando cifraba toda su gloria en ceñir sus sienes con la corona de ambos mundos.

La Inglaterra, atenta siempre á sus intereses, fué la primera que presentó proposiciones pacíficas al rey de Francia, que convertidas en preliminares decidieron la paz de Utrech, la mas vergonzosa de todas las que ha hecho la España en su larga historia. Y no fué esto lo peor, sino que de la misma manera que tan rica corona habia sido dejada en testamento como si fuera una propiedad patrimonial, tambien ahora se mermaba la herencia á gusto de los testamentarios, que no eran otros sino los soberanos que habian peleado por doce años, litigando con las armas, sobre el derecho que cada cual creia tener á la sucesion.

La parte mas pequeña tocó al pobre Felipe V. Su abuelo arregló las cosas á su manera, segun mas cuenta le traia á la Francia, sin parar mientes en la deshonra que á España cabia en el malhadado arreglo. La princesa de los Ursinos se opuso vigorosamente á la terminacion de aquel tratado, y fuerza es decirlo, con su tenacidad é influjo decidió al rey á la resistencia contra la firme voluntad del soberano francés. Llegó la cuestion hasta el punto de que este, irritado, negase por completo sus auxilios al nieto en los momentos en que Cataluña, rebelde, amenazaba todavía ser el baluarte de las pretensiones austriacas. Gran lauro hubiera sido para la princesa este modo de proceder si hubiese sido desinteresado; pero era el caso que á aquella mujer ambiciosa le habia ocurrido acabar sus dias disfrutando la realidad de sus ensueños que no habian sido otros que la posesion de una soberanía que, elevándola al nivel de los monarcas, la distinguiese de los súbditos entre los cuales hasta entonces se habia contado. El ducado de Ligado de Limburgo, en los Países-Bajos, fué designado para satisfacer los deseos de aquella mujer célebre, que cual todos los favoritos se encontró en circunstancias muy á propósito para contribuir á la felicidad de su patria adoptiva, y no supo emplear su poder mas que para su engrandecimiento personal y pueril satisfacción de vengarse de sus enemigos, mortificándolos con inmotivadas separaciones de los empleos que ejercian.

Protegia la Inglaterra favor tan innecesario, y en la ignominiosa cesion de los Países-Bajos, y en 1713, en la Convencion de 27 de marzo, se habia firmado por los plenipotenciarios ingleses y españoles la cláusula de cesion á la princesa, cláusula que mas tarde debia aparecer en el tratado de Utrech. La reina de la Gran-Bretaña empenó su palabra, y el ministro de aquella nacion, Bolyngbroke, le escribió felicitándola y apellidándola alteza; pero la Providencia no permitió que aquella favorita, que por tantos años dominó en España y en Francia, terminara sus dias sin los contratiempos que por lo regular acarrea una dominacion absoluta, sin títulos que la justifiquen. Andando los tiempos, y aumentándose sin cesar las desdichas de la nacion, otro favorito habia de pretender otra soberanía, y habia de concedérsela por un tratado tambien, quien entonces lo concedia todo en el mundo; pero ilusion fué como la de la favorita de Maria Luisa de Saboya, encontrando en cambio de una corona, ambos, la tierra hospitalaria de Francia, donde pasaron en espantosa soledad los restos de sus dias, acibarados con las maldiciones de los contemporáneos y previendo el severo fallo de la historia.

Cayó de su altísimo pedestal aquella mujer de indisputable mérito: la influencia francesa cedió su lugar á la influencia italiana: Alberoni va á gobernar la España. El tratado de Utrech, con la pérdida definitiva de Gibraltar, consumió nuestra ignominia: ni una protesta, ni una reclamacion, ni el mas ligero sintoma por parte de una nacion que consentia ser adjudicada, vendida, cercenada, cambiada, como si fuera un Estado de último orden, como si no tuviera historia, ni mayores gloriosos, ni en su tierra cenizas que venerar, ni obligaciones que respetar y derechos que exigir; y como si la libertad y la independencia nacional fueran palabras vanas y no sentimientos del corazón. Sin embargo, tal conjunto de abyeccion, de cobardía y de miseria tenian su origen, y no era otro que el errado sistema de la casa de Austria, la mala direccion que aquellos soberanos imprimieron á los negocios del Estado, el deseo de dominar en el mundo, rebajando al propio tiempo la dignidad y la conciencia del pueblo español.

A. BENAVIDES.

(De la Revista Mensual.)

Exploracion francesa á la Indo-China.

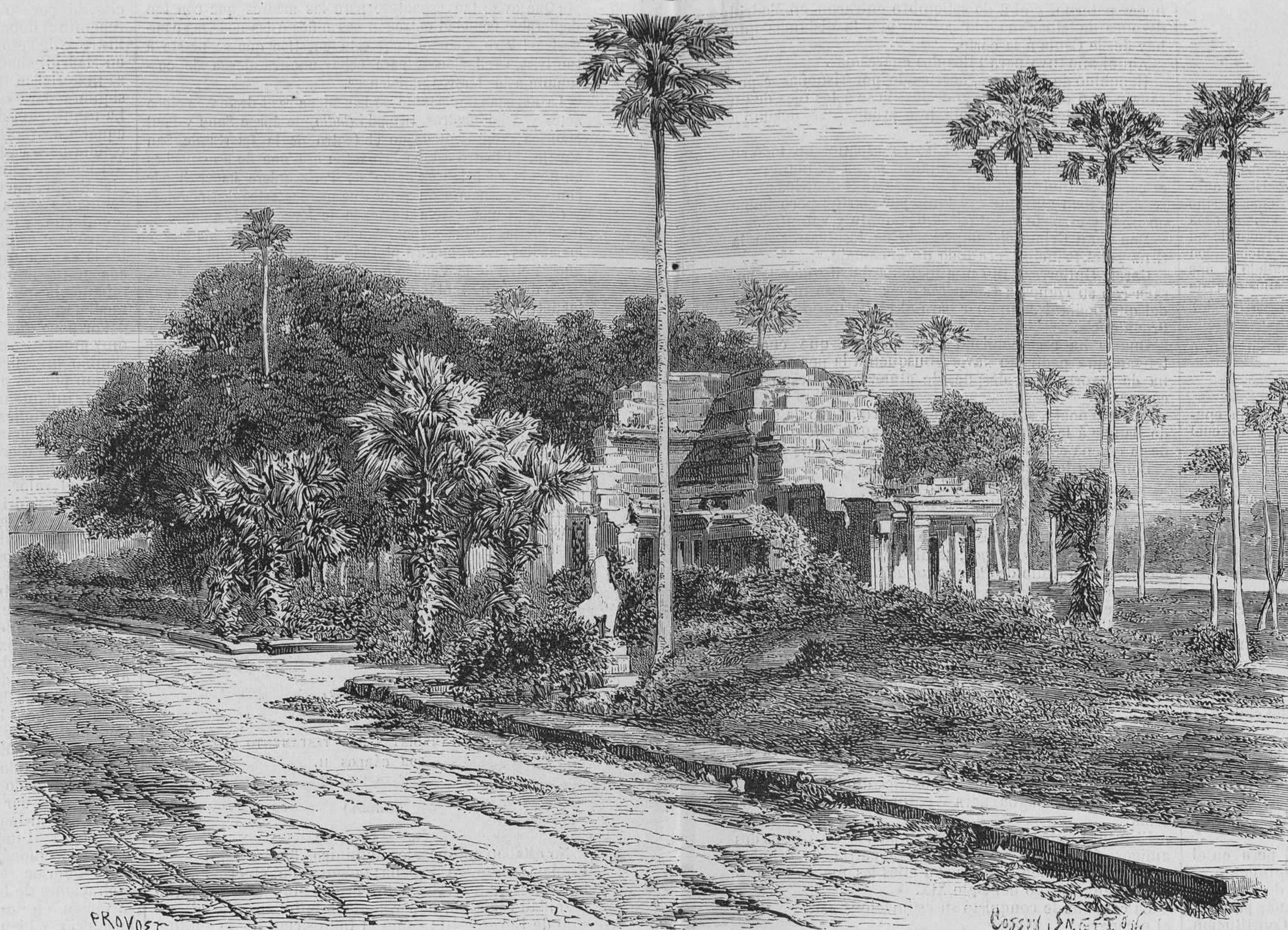
(Véase el número 822.)

Antes de la expedicion científica del Me-Kong apenas habia noticias sobre el curso de este gran rio. Nuestros

reconocimientos hidrográficos no llegaban mas allá de Cratieh, entre el 12° y el 13° grado de latitud Norte. Apenas dos grados separan á este punto de Saigon, pero las sinuosidades del rio multiplican la distancia.

Una cañonera llevó hasta Cratieh á los miembros de la comision y su escolta. Desde allí la navegacion era imposible para buques de vapor, y los exploradores tomaron las canoas que usan los indigenas para atravesar la larga zona de rápidas corrientes que, sobre todo en la estacion de las lluvias, hacen dificiles las comunicaciones entre el reino de Cambodje y los primeros centros de poblacion laotiana. Poco antes de proseguir la exploracion del rio no se resistió al deseo de hacer una interesantísima excursion á las ruinas de Angcor, donde se encuentran tan brillantes vestigios de una civilizacion que ha desaparecido.

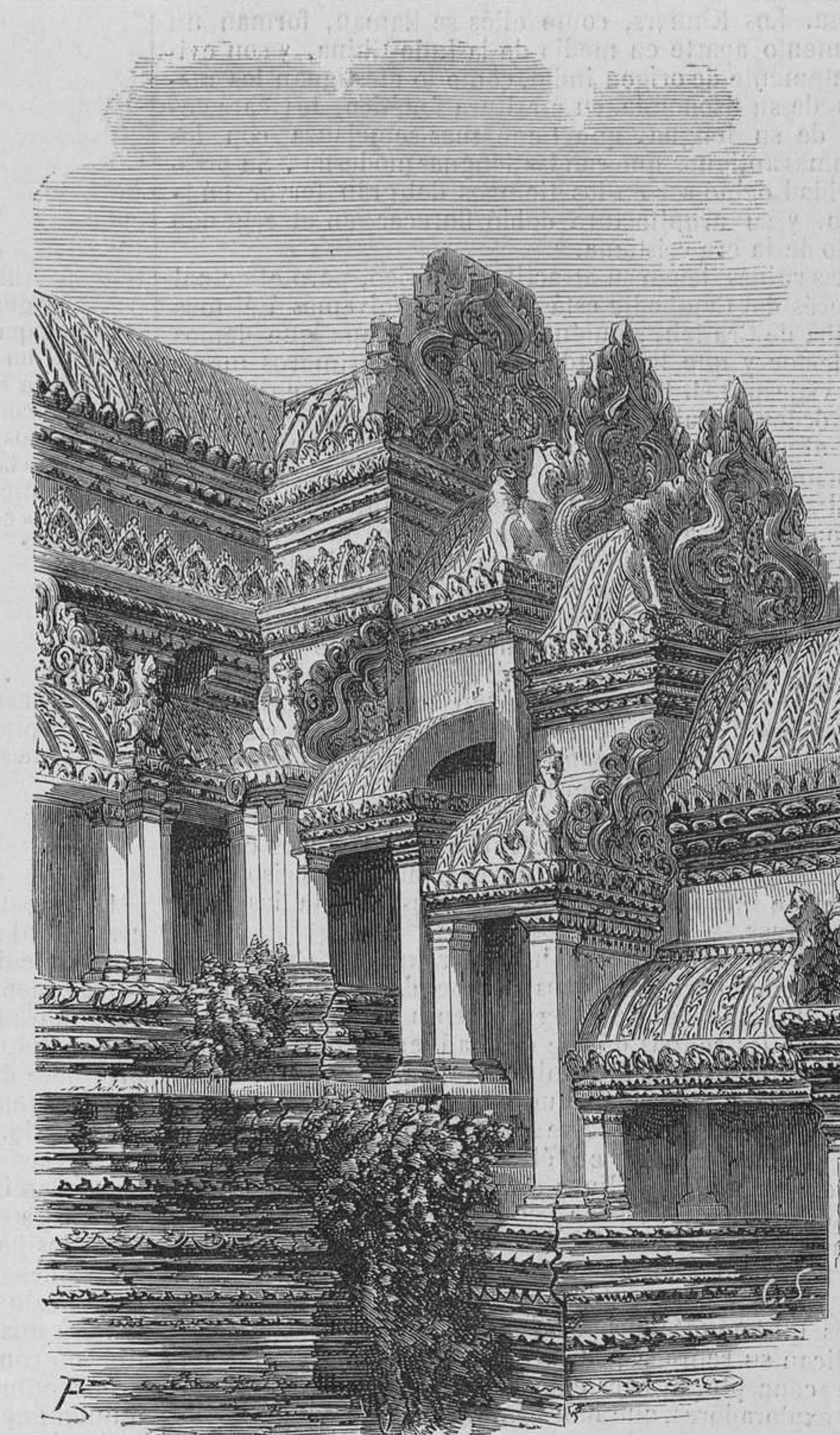
Las ruinas de Angcor son ya célebres, aunque hasta el dia se han estudiado poco. La relacion del viaje de M. Mouhot nos dió ya noticias y dibujos que hemos



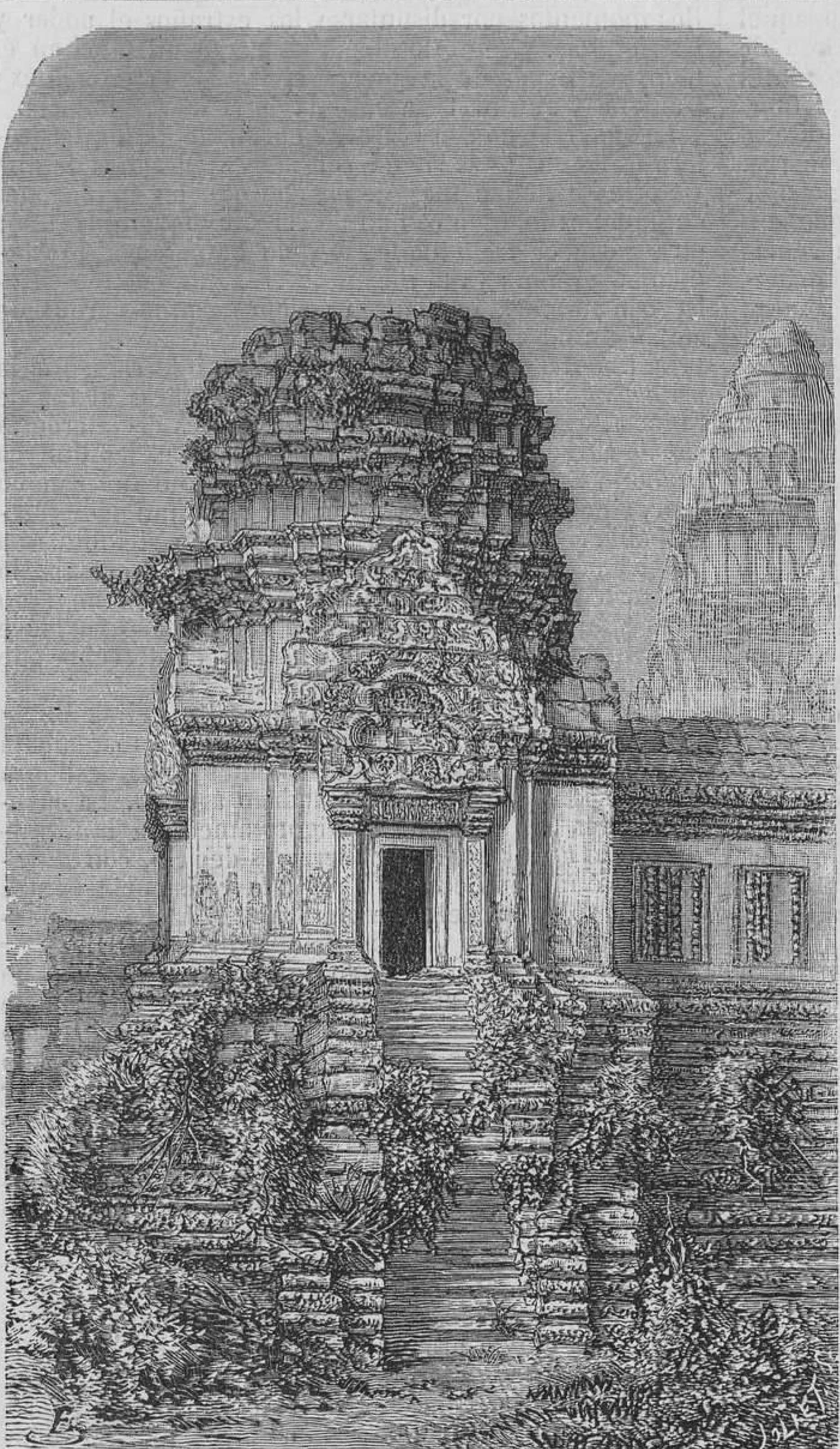
EL TEMPLO DE ANGCOR. — Santuario pequeño situado á la derecha de la calzada central.

publicado anteriormente; mas en el dia tenemos algo mas completo sobre tan magníficos restos. Un fotógrafo de Saigon, M. Gsell, que acompañaba á la expedicion, tomó varias vistas de la pagoda y de los monumentos que la rodean, y en este número y en el siguiente encontrará el lector la reproduccion de las mas notables de estas fotografías. Los grabados de hoy representan: un santuario aislado de la calzada central, entre el primero y el segundo recinto; una torre de ángulo del tercer recinto; una vista de lado de la entrada Este del edificio central; un marco de una puerta lateral y una muestra de los bajo-relieves que adornan todo el interior de la galeria.

El próximo número contendrá una gran vista del monumento general y una muestra de los bajo-relieves que adornan todo el interior de la galeria. A juzgar por estas reproducciones y por las noticias recogidas, la pagoda de Angcor debe contarse entre los monumentos mas grandiosos y perfectos que hayan sido elevados



Vista de lado de la entrada Este del edificio central.



Torre de ángulo del tercer recinto.

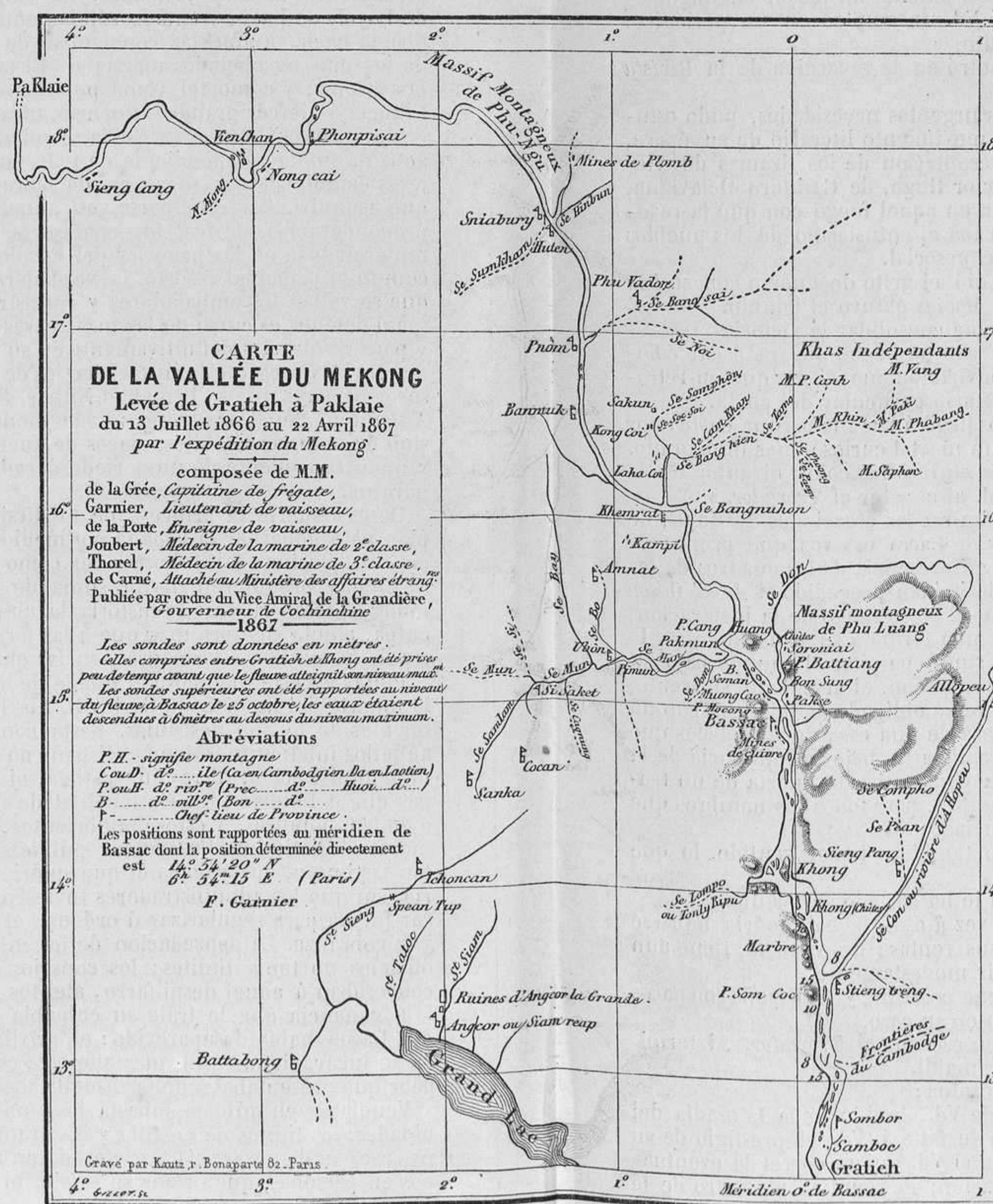


Marco de una puerta lateral del santuario.

por la mano del hombre. El conjunto de estas enormes torres tiene algo de asombroso para observadores acostumbrados á proporciones mas modestas; pero no por eso es menos armónica la disposicion general, y si la masa confunde la imaginacion, la gracia, la regularidad y el acabado de los detalles satisfacen al hombre mas exigente. ¿Qué son los templos y los palacios griegos con sus dimensiones tan bien calculadas, pero tan limitadas, en comparacion de esas largas filas de columnas que forman la galeria del primer recinto? Esta galeria tiene 250 metros en cada una de sus caras laterales.

La arquitectura de Angcor, donde es fácil reconocer los caracteres del mas bello periodo del arte indio, no se parece á ninguno de nuestros tipos clásicos, sino que tiene su gracia é indica una imaginacion refinada y delicada, así como el amor á la simetria en la extremada riqueza de los detalles. Jamás se ha prodigado tanto el ornato, pues hasta las techumbres, formadas de losas inmensas, está sobrecargado de esculturas todo el edificio. El cincel de los artistas no se limitó á embellecer el templo, pues además escribió en el granito la historia del pasado en una serie de bajo-relieves que representan escenas de combates y de carnicería, á que en todas las épocas tiene tanta aficion nuestra pobre humanidad.

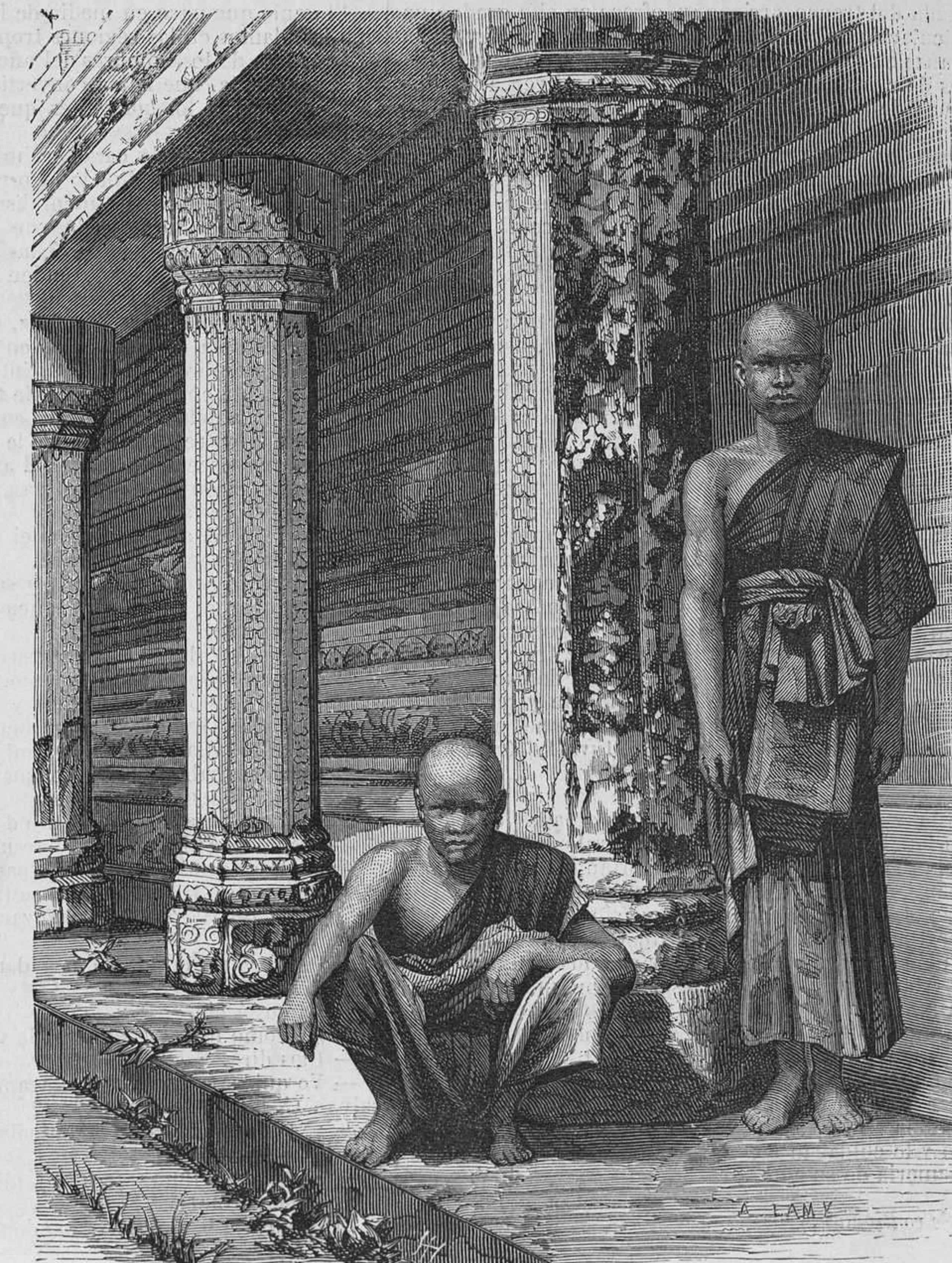
La pagoda de Angcor con sus construcciones monumentales, que parecen haber estado defendidas durante largo tiempo por el respeto religioso de los pueblos contra los invasores de la vegetacion de ese clima, es el único recuerdo de piedra que ha dejado



EXPEDICION FRANCESA AL ME-KONG.

en el Cambodje el arte de los antiguos. Seguramente se extendia cerca de la pagoda una gran poblacion, de la cual se encuentran todavia algunas ruinas en el bosque; pero estas no fueron disputadas como las de los templos á los progresos de la destruccion. Puede juzgarse cuál seria la importancia de la ciudad de Angcor por su misma posicion y por las calzadas y caminos que á ella conducian. Extendiase hácia la orilla de la inmensa y hermosa sábana de agua, especie de mar interior del Cambodje, que los europeos llaman sencillamente el Gran Lago, que ha sido objeto de tratados recientes con el imperio de Siam. Era una situacion magnífica y que aseguraba á una gran ciudad el monopolio del comercio del valle y del lago, cuyo centro está hoy en Puum-Peinh. De distancia en distancia y á orillas de los caminos, habian abierto inmensos depósitos de agua llamados Sras, con revestimiento de fabrica y escaleras; todavia sirven de testimonio para señalar el trayecto de las antiguas caravanas. El Cambodje ofrece en toda su superficie ruinas notables, aunque menos importantes que las de Angcor, las cuales ayudan á reconocer los antiguos limites del imperio.

¿Qué raza construyó todos estos monumentos y qué ha sido de ella? Todo induce á creer que fué la raza indigena. Sin que pueda saberse en qué época desapareció la floreciente civilizacion que las ruinas atestiguan, debe atribuirse á las actuales poblaciones del Cambodje. En su decadencia cansada y agravada por una absurda administracion, aun ofrecen el carácter de una raza grande y her-



Galeria interior. — Bonzos guardando la pagoda.

mosa. Los Khmers, como ellos se llaman, forman un elemento aparte en medio de la Indo-China, y son evidentemente de origen indio, como lo atestiguan los rasgos de su fisonomía, su escritura fonética, los caracteres de su lengua, que tiene mas semejanza con los idiomas antiguos que con las lenguas modernas. Su prosperidad debió ser en los tiempos del gran fervor búddico, y su arquitectura debió florecer en el segundo siglo de la era cristiana.

Las ruinas tienen su atractivo histórico, pero el actual interés del Cambodje está en el río. Volvamos á él mas arriba de Cratieh, siguiéndole en el mapa que damos al lector y que levantado en los diez primeros meses del viaje por M. Fr. Garnier, ha sido impreso en Saigon por orden del almirante La Grandière para señalar fecha al principio de la exploración y á los primeros descubrimientos.

El Me-Kong, subido entonces pero primera vez por los europeos mas arriba de Cratieh, es un magnífico río que corre por medio de vastas y fértiles llanuras. Su anchura, muy variable, es inmensa; innumerables islas le dividen y le subdividen á lo infinito; sus brazos se alejan y se aproximan, y forman una red de corrientes de agua que se extiende en el valle á cuatro y cinco leguas. Las islas y las orillas están muy pobladas y son muy feraces: todo el país de Kong, que da al río uno de sus nombres indígenas, se halla cubierto de casas de campo. Son aldeas perpétuas mas bien que una ciudad. Hacia Kong las corrientes se hacen peligrosas, y hay brazos del río que presentan cascadas, las cuales son un obstáculo para toda navegación. Es preciso transportar de una isla á otra los equipajes y hasta las mismas barcas.

Kong no pertenece ya hoy al reino del Cambodje, pero forma parte del Laos y depende del imperio de Siam. El valle del Me-Kong comienza desde allí á estrecharse y las colinas que se dibujan en el horizonte, se acercan á las orillas. Sin embargo, las corrientes peligrosas han cesado, y el río, que tiene todavía muchos kilómetros de trayecto, vuelve á ser navegable. Hasta Bassac pueden navegar en él embarcaciones de mucho porte, siguiendo una línea directa que coincide casi con el meridiano. Bassac, donde se encuentran las últimas ruinas interesantes del valle es capital de un antiguo reino laotiano, cuyo gobernador tiene el título de rey. Existe en las poblaciones un gran fervor búddico y los misioneros europeos, rechazados de la comarca, explican su retirada por la insalubridad del país. Bajo este concepto, el Laos es superior á su fama, y nuestros exploradores, que han pasado allí dos estaciones de lluvias, han padecido menos por causa del clima que en otras regiones.

La población laotiana es de carácter suave, inteligente y benévolo; es de raza india y parece haber emigrado á esas comarcas antes de los siameses y por distintos caminos; posee los diversos caracteres de una rama segregada del tronco arriano, y ofrece en alto grado una particularidad observada á menudo en esos climas, la tardanza en salir la barba. Los hombres no tienen barba antes de cuarenta años, y así fué, que al ver á los mas jóvenes de nuestros exploradores con toda la barba, los indígenas los tomaban por ancianos y les manifestaban una extraña veneración.

El Laos representa una civilización estacionaria, violentamente comprimida por la tiranía siamesa. La visita de los mandarines de Bangkok se teme como una plaga. Repetidas veces ha habido motines, pero siempre se han ahogado en la sangre y expiado con el destrozo del país. Aun se ve en las ruinas que dejaron los opresores cuando la última revolución, hace cuarenta años. El pueblo laotiano tiene su lengua particular, derivada de la gran familia de las lenguas indias y que está mas próxima al siamés que al antiguo idioma de los Khmers.

Una circunstancia particular detuvo á la comisión francesa en Bassac. Habiendo esperado allí vanamente los pasaportes y salvo-conductos necesarios para continuar el viaje y los instrumentos científicos que necesitaban, enviaron á Saigon al teniente Garnier para buscarlo; pero las turbulencias del país le impidieron volver á bajar el Me-Kong y debió abrirse un paso por el valle alejándose del río hasta mas de 60 leguas. Entonces visitó las provincias del Laos y del Cambodje, situadas en los límites del imperio siamés ó agregadas á este imperio; volvió á pasar por las ruinas de Angkor, siguió todo el Gran Lago, exploró en una serie de excursiones los puntos mas interesantes del Cambodje y regresó de Saigon á Bassac, siguiendo poco mas ó menos el mismo itinerario. Este paseo, ida y vuelta, tuvo 1,600 kilómetros de trayecto.

Mas arriba de Bassac el río corre por un valle mas angosto y que está dominado por montañas de cierta importancia. Hay allí riquezas mineralógicas, y el comercio tiene algunos centros importantes como Luang-Prabang, situado al Norte del Laos. Entre este punto y Bassac el Me-Kong tiene un curso sinuoso, dirigido en general hacia el Oeste. Es la primera vez que se ha producido exactamente en un mapa: los antiguos geógrafos dieron al río en toda esta región un trazado de pura fantasía.

En Luang-Prabang la comisión francesa encontraba señales y recuerdos del viajero Mouhot, á quien erigió un monumento fúnebre. M. Mouhot se había hecho querer por su carácter y admirar por su valor. Su elogio estaba en todas las bocas. Hasta habían recogido su perro y le cuidaban como rindiendo así un homenaje á la memoria de su amo. J. V.

(Se continuará.)

Retratos á la pluma.

GARCÍA GUTIERREZ.

« Los Misterios del Parnaso, » quisicosa « pantorrilluda... » (calificación de Vd., que prueba por segunda vez su buen gusto) no están escritos, aunque lo parezcan, entre Pinto y Valdemoro, sino en Valdemoro solamente, donde tiene Vd. una casa á su disposición, construida con el producto de mi constante y honrado trabajo, ó mejor dicho, con los aplausos que el público ha tributado á mis « bárbaras obras » en los diez y siete años que de escritor he cumplido, como Vd. dice, ingeniosa y « cultamente, por estas yerbas. »

LARRA (don Mariano de) en su carta á don Federico Balart.

... en Francia, donde Dennery vive en la opulencia, murió pobre Alfredo de Musset, lo cual prueba que no son una misma cosa la literatura y la economía política.

BALART, en su contestación á Larra.

La literatura española tiene que pagar una deuda de gratitud al señor rey Don Fernando VII, precisamente por la medida mas anti-literaria de su reinado.

Este monarca, al cerrar las Universidades de España para que no hicieran sombra á las escuelas tauromáquicas del reino, arrebató á la medicina un gran hombre, pero dió á la literatura un gran poeta.

Esta es una de las muchas cosas que hacen los reyes sin saberlo.

Del caos brota la luz; del oscurantismo del siglo XIX brotó García Gutierrez.

Y ¡cosa extraña! el gran poeta, que es liberal como todos los hombres de genio que atienden mas á las aspiraciones de su alma que á las debilidades de su estómago, saludó aquel decreto que condenaba á los españoles á una ignorancia bastante parecida á la esclavitud, no con resignación, sino con júbilo.

Por entonces ya había estudiado lógica, pero en el mundo hay algo superior á la razón: el sentimiento.

García Gutierrez había nacido en el seno de una modesta y honrada familia que vivía en Chiclana, precisamente al mismo tiempo que la primera Constitución de España; su padre deseaba darle una carrera, y después de confiar su educación latina á un domine, le envió á Cádiz á estudiar medicina.

El genio que nace en medio de la libertad, crece como las plantas en las regiones tropicales.

Las ideas de los hombres del año 12: la guerra de la Independencia, que había convertido á los españoles en héroes: hé aquí los horizontes que encontró la imaginación del niño.

Con mas energía de carácter hubiera sido un tribuno: la dulzura de su alma le hizo poeta.

Entre el artificioso sentimentalismo de los poetas bucólicos y la febril entonación de los poetas políticos, habló á la verdadera poesía, á la poesía que habla al alma siempre, y Vds. comprenden que entre la lira y el escarpelo hay un abismo.

El joven estudiante fué á Cádiz, ingresó como alumno en la escuela de medicina, entró en el anfiteatro, conoció al hombre en todas sus interioridades.

¡Sería poeta cuando después de todo esto ha podido crear la Luisa del *Grumete* y la Leonor del *Trovador*!

Luchando entre el deber que le llevaba á ver en el corazón una viscera y su amor al arte que le llevaba á ver en el corazón un mundo, pasaba el tiempo guiado por el ángel de la tristeza.

Pero llegó el año 31 y con el año 31 el soplo que apagó la inteligencia en España.

El poeta vió cerrada su aula y su alegría fué inmensa; sin embargo, tuvo la precaución de no hacer una oda al monarca.

La poesía fué desde entonces su preocupación.

Entregado libremente á su ídolo, pasó algún tiempo en Cádiz, escribió dos comedias y dos tragedias, y no contento, quiso ser héroe de una epopeya.

El joven estudiante tenía un amigo.

Los dos se habían confiado sus deseos y sus esperanzas.

Madrid era para ellos el colmo de la felicidad.

— Vámonos á Madrid, dijo García Gutierrez.

— No lo consentirán nuestros padres.

— Hagamos una calaverada: se trata de nuestro porvenir, y cuando vean que alcanzamos el triunfo, nos perdonarán.

— Pero entre tanto, no nos darán dinero para el viaje.

— Vamos á pié.

— ¿Y cómo nos abastecemos de víveres?

— Dios dirá.

— Yo quiero suponer que llegamos á Madrid sanos y salvos. ¿Y allí qué hacemos?

— ¿No tengo escritas dos comedias y dos tragedias?

— Si, pero...

— Son una fortuna que partiremos entre los dos.

— Pues en marcha.

El 16 de agosto de 1833 abandonaron los jóvenes el

hogar paterno, y el 2 de setiembre entraron en Madrid después de haber medido con los piés la distancia que hay desde Cádiz á la córte.

Aquel año tuvo para ellos dos cuaremas.

Henchido de ilusiones, acariciado por risueñas esperanzas, con el noble deseo de justificar á los ojos de un ofendido padre el papel de hijo pródigo, se decidió á probar fortuna.

En aquel tiempo estaba el teatro español en todo su apogeo. Los actores no necesitaban poner su nombre en el cartel con letras grandes para distinguirse, los autores ignoraban aun qué era tanto por cierto; pero había en unos y otros fe y entusiasmo, talento y voluntad.

Don Juan Grimaldi, empresario de los teatros de la Cruz y del Príncipe, era todo un personaje.

García Gutierrez salió una mañana de su modesta posada con su comedia *Una noche de baile*, y se fué á casa del que podía desempeñar para él el hermoso papel de Providencia.

Dumas ha recomendado á sus lectores, que cuando tengan que pedir un favor, busquen á la persona que ha de favorecerlos, después de almorzar ó después de comer.

Nuestro poeta, sin conocer esta teoría, tuvo la suerte de llamar á la puerta de Grimaldi cuando este soberano de la escena española se levantaba de la mesa.

Don Juan le recibió con afabilidad.

— ¿Qué desea Vd., joven? le dijo.

— Entregar á Vd. una comedia que he escrito.

— ¿Es la primera?

— He hecho antes dos tragedias, que se titulan *Selim*, *hijo de Bayaceto*, y *Fingal*; también he escrito una comedia con el título de *Peor es urgallo*... son mis primeros ensayos.

— Bien está... la leeré, dese Vd. una vuelta por ahí.

Aquella noche resonó por la primera vez en el teatro del Príncipe el nombre de García Gutierrez.

Su fisonomía dulce y expresiva, su modesta actitud, su humilde traje llevado con elegante resignación, todo influyó en el ánimo de Grimaldi para interesarse por el joven.

Dos ó tres días después se hallaban sentados en torno de una mesa del café del Príncipe, Larra, Ventura de la Vega y Espronceda.

— ¿Qué quieren Vds., señores? les dijo el mozo.

— Un vaso de agua para Ventura, contestó Espronceda.

El futuro autor de *el Hombre de mundo* leyó á sus dos amigos, dos glorias de la literatura patria, la primera obra de él que debía partir con ellos los mejores laureles del entusiasmo del siglo XIX.

La comedia le conquistó su estimación, pero no llegó al escenario.

Cuando García Gutierrez fué temeroso á saber su sentencia:

— Usted es poeta: le dijo Grimaldi, trabaje Vd. y con el tiempo realizará sus deseos.

— El tiempo es precisamente mi mayor enemigo.

— Puedo ofrecer á Vd. un empleo en un periódico.

— Es lo que necesito.

García Gutierrez entró en la redacción de la *Revista española*.

Satisfechas sus mas urgentes necesidades, pudo estudiar, pudo seguir el movimiento literario de su época, pudo asistir á la representación de los dramas de Alejandro Dumas, de Victor Hugo, de Casimiro Delavigne, pudo templar su alma en aquel fuego con que la revolución literaria vivificaba el entusiasmo de los pueblos y preparaba la revolución social.

El duque de Rivas dió el grito de guerra con su *Don Alvaro*; Larra con su *Macías* obtuvo el triunfo.

García Gutierrez debía consolidar la victoria.

Al llegar aquí recuerdo un hecho que va á dar colorido á este retrato, convirtiéndome, al par que en retratista, en oficioso secretario particular del poeta.

Hace dos ó tres años llegó á sus manos una carta: por ella supo que había un mortal curioso en sumo grado.

« Deseo saber, decía entre otras cosas el autor de la epístola, qué sintió Vd. al escribir el *Trovador*. »

Sintió primero al admirar las creaciones de Hugo, de don Angel Saavedra y de Larra esa voz que pronunció en el alma de Rafael en presencia de los cuadros de los grandes artistas que le habían precedido el *Anch'io son pittore*; sintió después el sacro fuego de la inspiración, el deseo de encontrar una forma á su pensamiento y la alegría de hallarla; sintió palpar el mundo bajo su pluma, la poesía bajo su pecho, el arte bajo su frente, y sintió, por último, verse obligado á tejer su corona de gloria en la despensa de una casa de huéspedes que habían habilitado para alojarle, bajo la influencia de la escasez y teniendo por perspectiva la puerta de un teatro cerrada, como siempre, para todos los nombres que la fama no ha pronunciado.

Después ha sentido también haber sentido lo que sintió.

Aquella inspiración le ha costado su fortuna.

Oscuro médico, tal vez á estas fechas podría haberse retirado á vivir de sus rentas; gran poeta, tiene aun que trabajar para vivir modestamente.

Por no tener, ni tiene cesantía, y en España son pocos los que se encuentran en su caso.

Cinco meses tardó en escribir el *Trovador*. Al terminarlo lo presentó á Grimaldi.

Después de leer el drama:

— Hay en su obra de Vd., le dijo, toda la osadía del duque de Rivas; pero le falta á Vd. el prestigio de su nombre. Sin embargo, si Vd. quiere correr la eventualidad de la representación, lo remitiré al teatro de la

Cruz, puesto que el del Príncipe está muy recargado de trabajo.

¿Qué había de hacer el poeta? Lo que el lector presume, aceptó, y su obra se leyó en presencia de los primeros actores de la compañía.

El encargado de la lectura fué un apuntador. Desde el primer momento, movido por el deseo de mortificar al novel poeta, dió al drama el colorido de una parodia.

Esto por una parte, y por otra la prevención de los actores, fué causa de que obtuviese una verdadera rechifla *el Trovador*.

Parecerá mentira á mis lectores. La obra que mas ha entusiasmado al público en este siglo fué saludada por los actores del modo mas irrisorio que pueden imaginarse.

Solo un actor vió claro: solo Lombardia presintió al gran poeta.

Por la noche le comunicó la fatal nueva de su derrota.

— Animo, le dijo estrechando su febril mano; no solo no opino como mis compañeros, sino que creo que el drama, cuando se represente, alcanzará un gran éxito.

García Gutierrez se cansó de luchar, perdió todas sus esperanzas, y al caer en sus manos pocos dias despues el famoso decreto de Mendizabal, llamando 100,000 hombres á las armas y ofreciendo el grado de subteniente á los seis meses de contraído su empeño á los que se alistaran voluntariamente y tuviesen tres años de estudios mayores, hizo lo mismo que Cervantes, sentó plaza de soldado y salió de Madrid.

Antes de partir al depósito de Leganés fué á despedirse de Espronceda y le dejó su obra.

No sé yo lo que en estos tiempos habria hecho un poeta por otro poeta; en aquellos el autor de *el Diabolo Mundo* fué al teatro del Príncipe, aguardó á que terminara un ensayo, suplicó á los actores que le oyesen y les dió á conocer *el Trovador*.

El entusiasmo que produjo esta lectura fué inmenso, lección elocuentísima que debe enseñar á los poetas á no fiar la lectura de sus obras á los apuntadores, gente de buen humor y de conchas.

Los actores en masa pidieron á Grimaldi que les repartiase el drama; pero entonces el protector, guardando los mayores respetos al orden cronológico, aplazó la representacion hasta despues de dar á luz las obras que estaban en estudio.

Muchas debieron ser, porque hasta el año siguiente no comenzó á ensayarse *el Trovador*.

Llegó por fin la noche del 1º de marzo de 1836 y.... pero ¿para qué contar lo que saben cuantos vivian en aquel tiempo, lo que por el calor del entusiasmo han referido los padres á sus hijos?

La admiracion rayó en delirio.

El Trovador es en el teatro español un monumento imperecedero, es una época. En treinta años ha herido las fibras mas delicadas de todos los habitantes del mundo civilizado. Verdi lo ha puesto al alcance de la humanidad, y no hay un corazon que no haya tributado un latido al menos, á la obra saludada con carcajadas por artistas, escrita por su autor sobre una tabla en una misera despensa.

Apenas conseguido el triunfo, fué el hijo á Cádiz á ofrecerlo á su padre, á obtener su perdon.

Desde entonces, ¿quién no conoce la vida pública del poeta? Volvió á Madrid, y dió al teatro *el Page*, *el Rey Monge*, *el Encubierto de Valencia*, *el Bastardo Samuel*, *Zaida*, *el Caballero leal*, *el Premio del Vencedor*, *Gabriel*, *las Bodas de doña Sancha*, *Juan Dandolo*, con Zorrilla; *De un apuro otro mayor*, con Valladares y Doncel; *Margarita de Borgoña*, *Juan de Suavia*, con Isidoro Gil; *Juan de Morano*, *Calígula*, *Simon Bocanegra*, *el Cuáker y la Cómica*, *el Vampiro* y otras muchas.

Sus triunfos consolidaron su reputacion, y le elevaron al puesto que hoy ocupa en la literatura patria.

El año 1843 incurrió en una vulgaridad; fué á América á hacer fortuna.

Si se hubiera conocido á fondo, no hubiera pasado el charco.

En vez de traer á su regreso un tesoro en metálico, trajo un tesoro de poesía.

El descubrimiento y la conquista de Méjico, la grandiosa figura de Hernan Cortés le inspiraron un poema.

Mas de quinientas octavas perecieron en el incendio de Sevilla, mientras desempeñaba en Lóndres el empleo de comisionado de la hacienda española, todos sus manuscritos, y entre ellos su drama *Roger de Flor*, de cuyas cenizas, con el soplo divino de la inspiracion, formó *Venganza catalana*.

Un biógrafo de García Gutierrez don Antonio Ferrer del Rio, ha escrito que fué á América despechado porque un ministro progresista condecoró con cruces de Carlos III á varios escritores moderados compañeros suyos, excluyéndole á él, que era el único que profesaba las ideas del gobierno.

En primer lugar, por aquel tiempo sabia de sobra García Gutierrez que la conducta del ministro en cuestion era un rasgo de lógica española: despues, es necesario no conocerle para pensar que una condecoracion mas ó menos podia impulsarle á ir á la Habana.

En 1836 obtuvo una encomienda de Carlos III por su gestion de Calvo Asensio, y la primera vez que colocó en su pecho aquella insignia, fué el dia del entierro de aquel inolvidable publicista, y eso porque le encomendaron una cinta del féretro y quiso darle una muestra de su gratitud.

Poco despues de dar á luz *Venganza catalana*, queriendo honrarle el rey de Portugal, le concedió la cruz de la

Concepcion de Villaviciosa. Hasta hace pocos meses no ha sabido de qué color era la cinta, y si todavia no lo ignora, lo debe á su hijo político, que habiendo hecho un viaje á Lisboa en el último invierno, adquirió las insignias de la órden para ofrecérselas como un recuerdo.

Suponer que García Gutierrez, que ha oido como todos los españoles aquella célebre frase del marqués de Miraflores:

« — Yo creo que toda persona que se estime debe tener por lo menos reparo en adornar su pecho con una condecoracion española. »

Suponer, repito, que el autor de *el Trovador* ha podido preocuparse de una cruz, es lo mismo que buscar lo infinito en un diploma de la cancelleria del ministerio de Estado, es comparar al águila con el pavo real.

En 1834 el partido en cuyas filas ha militado siempre, le nombró comisario interventor de la hacienda de España en Lóndres.

Otro gobierno le habria dado un empleo en una Biblioteca, le habria hecho director del Conservatorio; el que quiso honrar su mérito le colocó entre números.

Este rasgo no tiene consonante. Tres años despues dimitió García Gutierrez su cargo y volvió á escribir. *Un duelo á muerte*, *Venganza catalana*, *las Cañas se vuelven lanzas* y *Juan Lorenzo* han sido sus últimas obras.

Venganza catalana obtuvo un éxito comparable solo con el que conquistó *el Trovador*.

Los poetas celebraron tres ó cuatro reuniones para buscarle modo de hacer feliz al poeta, se trató de formular por medio de una suscripcion nacional el entusiasmo, se habló de una corona de oro, de una edicion completa de sus obras, de una inscripcion en el Gran libro para que no tuviera que vivir del trabajo... qué sé yo lo que se proyectó.

Cinco años han pasado, y, que yo sepa, no ha pasado el proyecto de proyecto.

En cambio, *Juan Lorenzo*, « la mejor obra mia, » como dice García Gutierrez, obtuvo un recibimiento frio.

Un escritor barbilampiño, que debutaba en un periódico callejero de los que solo llegan al cuarto número, dió en su crítica al gran poeta:

« Aconsejamos al señor García Gutierrez, etc. »

Despues de *Juan Lorenzo* ha callado, devorando tal vez justos resentimientos con un pais que no le merece; vive retirado en el seno de la familia que le han creado sus hijos, sus hijos que le adoran, y aun ama al arte, aunque le considera como el mayor enemigo de su fortuna.

Pero no tiene la culpa el arte: la tiene su carácter, que es, sin embargo, una de sus cualidades.

Es el primer poeta de España, y sin premeditacion; obedeciendo á una fuerza superior busca en el Parnaso el puesto mas oscuro.

Verdad es que la aureola que le circunda ilumina en todas partes su respetable figura, y el entusiasmo público empieza á contar con él donde quiera que se coloque.

En los ensayos de sus obras permanece impasible; temeroso de herir la susceptibilidad de los actores, calla y sufre cuando no le comprenden.

En la vida íntima acepta gustoso y sin quejarse toda clase de sacrificios. Hacer un favor es su mayor goce. Pedirlo... no lo pide nunca.

Para acabar de conocerle, debo añadir que sus mejores amigos son Arrieta y Ayala.

Voy á terminar este pálido bosquejo con una observacion tristísima.

El autor de *Venganza catalana*, del *Trovador*, y del *Grumete*, despues de un trabajo constante, honrado y glorioso no puede hoy escribir un párrafo como el primero que he copiado al frente de mi artículo.

El segundo le justifica.

La posteridad se encargará de lo demás: ella conservando el nombre del poeta, dará el justo castigo á su época y á su nacion.

JULIO NOMBELA.

La Guyana holandesa.

La inmensa region intertropical que tiene el nombre de Guyana, ha sufrido desde hace setenta años muchas metamorfosis y cambios de dominacion. Reducida á la provincia de Surinam por los arreglos políticos de 1813, la porcion holandesa, que es la que va á ocuparnos, no es menos digna de la atencion de los viajeros y de todos aquellos que desean conocer las riquezas de nuestro globo. Allí se encuentran los montes Parimé, un grupo destacado de las Cordilleras, que preocupaba mucho á los naturalistas en el siglo último. « Celebraría que me dijérais, escribia Buffon en una carta fechada el 10 de febrero de 1747, si las montañas de la Guyana son muy considerables, y si el lago Parimé, que llamaban el lago de Oro, es conocido, si alguien ha estado en él últimamente, si es en efecto de una extension tan considerable, y si no recibe ningun rio. » Todas estas preguntas han tenido respuestas satisfactorias, que se leen en las correspondencias de Buffon y de Lacépède. Hoy sabemos lo que es el lago de Oro, que parece haber robado su nombre, pues no tiene nada de comun con la California. En cuanto á las montañas, han sido exploradas y medidas en todos sentidos á veces con el

concurso y proteccion de los caribes y otros indígenas que eran el espanto de los antiguos viajeros. Con uno de ellos por guia, se va todos los dias de Paramaribo á los montes Parimé y á los contiguos.

Paramaribo es la capital de la colonia holandesa. Como todas las ciudades comerciales de estas comarcas, no ofrece interés para el viajero cuando no puede penetrar en el interior de las habitaciones, y ver y estudiar las condiciones de la existencia de los colonos. Sin esto solo podrá observar el movimiento de los negocios; pero que entre por el contrario en una de esas casas construidas para que penetren las brisas, y al punto todo le interesará, desde las galerías exteriores ó interiores bajo las cuales se fuma, se bebe y se toman sorbetes, hablando de negocios ó de fiestas, hasta los cuartos altos y bien ventilados donde por lo regular están las mujeres. Por lo demás, la habitacion de la ciudad se parece á lo que se encuentra en todas las regiones donde la temperatura permanece siempre en los grados elevados, donde el invierno no es otra cosa que la estacion de las lluvias. Todas las predilecciones del colono están en el campo. Los naranjos y los limoneros están en todas partes, sin contar esos otros árboles de frutas exquisitas propias de esas regiones, que hacen creer al viajero que se encuentra en un pais encantado. Con efecto, cuando se ha visto ese mundo de los trópicos que rodea á Paramaribo, es imposible olvidarle.

Pero aun hay mas: al lado de estas riquezas vegetales que crecen maravillosamente en los jardines de la Guyana holandesa, están las plantas utilizadas por la industria, cuyos cultivos exigen brazos numerosos, y alimentan verdaderamente el movimiento comercial de toda la comarca. No nos extenderemos sobre los cafeales, aunque ocupan muchos brazos, y constituyen uno de los plantíos mas bonitos que pueden verse. En la Guyana holandesa, así como en muchas de las grandes Antillas, este cultivo está en decadencia, y amenaza quedar reducido á las necesidades del consumo local; mas no sucede lo mismo con la caña dulce.

Por todas partes las excursiones son interesantes; pero sin embargo, señalamos con preferencia á los excursionistas el distrito de Coronía.

Este distrito forma la parte setentrional de la Guyana holandesa, y para ir á él se toma una carretera paralela al mar que tiene de larga 20 kilómetros. Es un buen camino, pues se encuentra bastante cerca del Océano para que aproveche las brisas marinas, precioso recurso en todos los climas cálidos, y además le adornan y dan sombra soberbios cocoteros.

El viajero no tarda en descubrir, á derecha é izquierda, tierras bien cultivadas: en estos 20 kilómetros hay unas veinte haciendas, y de ellas diez se hallan consagradas al cultivo del algodón, que casi posee lo hermoso del *Sea Island* de Georgia.

Dos mil balas por año salen cuando menos de estas explotaciones y se esparcen por los diversos mercados de la colonia, de donde se envían á Europa. El cultivo se hace por trabajadores asalariados. En el centro del distrito está el puesto militar, que ocupa un espacio de 300 metros, y que se ha instalado con mucha inteligencia y buen gusto. Los edificios, la casa del comandante, el cuartel, el hospital, la tahona, la cocina, los almacenes, la cantina, etc., etc., son muy vastos y están bien ventilados, como el clima lo exige. Es imposible hallar allí una estancia mas agradable, y cuando se ha recibido en ella la hospitalidad, no se olvida nunca.

El recuerdo es mas vivo aun cuando á la cabeza de un puesto como el de Coronía hay un hombre como el teniente Zimmermann. La afabilidad y la benevolencia son cualidades muy comunes en Holanda; pero lo que importa ó sorprende poco en Harlem, Rotterdam ó la Haya, conmueve profundamente cuando se halla uno en un distrito lejano de la Guyana. El mando militar de Coronía no es muy importante. Algunos hombres, que no formarían una compañía de uno de nuestros regimientos, bastan para cubrir todas las necesidades del servicio y de la seguridad. Pero hay que ver como todo está dispuesto para que no les falte nada, lo que prueba que los comandantes militares como M. Zimmermann no reservan toda su benevolencia para los forasteros que llegan allí por el acaso de los viajes. No hay duda que á estos forasteros les dan una hospitalidad tan agradable y cómoda como es posible; pero con los otros tienen una vigilancia de todos los instantes, y que aleja de ellos todas las causas de malestar que pudieran hacerles huir de la vida bajo los trópicos.

Sin embargo, para no faltar á la verdad, debemos decir que los soldados holandeses del puesto de Coronía, y en general de todos los puestos militares de la Guyana, presentan con harta frecuencia los mismos síntomas enfermizos que se observan en la guarnicion dinamarcada de San Tomás. No es bueno para los soldados nacidos en el Zuyderzée ó en el Gran Belt, prolonguen mucho su estancia en esas latitudes; y así es que los holandeses multiplican los cambios de guarnicion y abrevian en lo posible el tiempo de servicio en las residencias.

Por lo demás, el distrito de Coronía no presenta un gran atractivo en cuanto al cultivo del algodón, cuando ya se ha podido estudiar este cultivo industrial en Georgia ó en la Luisiana. La planta es siempre como se la ve bajo los trópicos, un poco mas alta que en Argelia ó en las Calabrias, en Egipto y aun en la India, y exige absolutamente los mismos cuidados.

En cuanto á los edificios destinados á la explotacion industrial, tampoco ofrecen ninguna particularidad característica. En los cincuenta años que hace que el algodón, y sobre todo el algodón americano, extiende mas

y mas su imperio en nuestras costumbres y en nuestros usos domésticos, se ha aprendido en todas partes á no entregar al comercio sino productos de escaso desperdicio en nuestras fábricas. Para que tenga curso en una plaza comercial, la mercancía no debe pasar de ciertas proporciones. Ahora bien, ya hemos dicho que del distrito de Coronía salen cada año diez mil pacas para la exportacion, lo que implica que se hacen allí las primeras operaciones por medio de una maquinaria igual á la que se ve en todas partes. En la Guyana holandesa se trata de producir lo mas posible y de despachar tambien lo mas que se puede; pero no se hacen grandes progresos ni mejoras en mecánica.

Lo que en cambio de esto será siempre un largo y curioso asunto de estudio para todos los viajeros, son las poblaciones autoctonas

que allí vivian antes que llegaron los primeros buques de Europa. Aun se encuentran restos de estas poblaciones en cuanto se penetra en las selvas veinte veces seculares que conducen á la region de las montañas. Esos caribes no se parecen en nada á los pieles rojas contra los cuales tienen que luchar los atrevidos trabajadores que desmontan las soledades de la América del Norte. Tampoco se debe confundirlos con los indígenas impropriadamente llamados indios, que forman la base de las poblaciones rurales en Méjico y en el Perú. En estos últimos países, prescindiendo de los testimonios escritos del tiempo de la conquista, las ruinas de los monumentos gigantescos que cubren el suelo, están aun en pie para recordarnos que en edades indeterminadas esas espléndidas comarcas estuvieron habitadas por pueblos muy adelantados en civilizacion, y perfectamente familiarizados con todas las artes que admiramos nosotros. Nada así se encuentra en la Guyana; y esta negacion para la provincia que baña el Surinam, la única que desde 1815 quedó bajo la dominacion de la Holanda, como para las que viven al amparo de la bandera de Francia ó de Inglaterra, ú otras banderas americanas. Los caribes y otros indígenas son los mismos en todas partes. Su estado social no puede ser mas primitivo. Guarecidos en sus selvas donde el europeo no penetra jamás sin gran peligro, vivian como vivieron sus padres en la antigüedad mas remota. Se alimentan de

caza, y para completar la satisfaccion de sus necesidades, tienen aquí y acullá algunos toscos cultivos, y á veces en sus relaciones con los europeos hacen algunos cambios. Por lo demás, no debe achacarse solo á su carácter su aislamiento. La naturaleza parece haberse complacido en conducirles á esta extremidad multiplicando los peligros, animales y vegetales, ya en su suelo, ya bajo las sombras de sus selvas. Unicamente la ciencia arrostra todo esto, ó la ardiente codicia, como sucede cuando se descubre una California.

En la Guyana holandesa, aunque los caribes conservan su aspecto salvaje, se muestran menos insociables que en otras comarcas. El gobierno nose ocupa de ellos, sino cuando promueven desórdenes, y este caso es rarísimo; y les deja en libertad de ir y venir por todas partes como los demás

habitantes, sin mezclarse en los negocios interiores. Muy á menudo bajan los caribes á los distritos rurales y penetran en las poblaciones, donde se mezclan con los soldados, con los grupos de hombres y mujeres de color, con los agentes de policia, con los labradores, ya al parecer, no se sorprenden nunca con lo que tienen delante de sus ojos. Cuando llegan á un puesto como el de Coronía, por ejemplo, los europeos no desdennan dirigirles preguntas, y los oficiales hasta les hacen regalos que los salvajes agradecen sobremanera. Pero es preciso que estos regalos sean siempre de primera necesidad. Sin esto, ¿de qué les servirían? Los europeos lo saben, y en cada puesto tienen un almacén destinado á los salvajes... Detengámonos aquí, aun cuando tengamos todavía mucho que decir sobre estas grandes cuestiones americanas y sobre la Guyana holandesa.

J. B.



LA GUYANA HOLANDESA. — El puesto de Coronía: hospital y casa del comandante.



El teniente Zimmermann, comandante del puesto de Coronía.

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

— Mirad la firma de Wohlfart, dijo Eugenio. Sturm miró la carta sin desconfianza y leyó:



La Guyana holandesa. — Vista general del puesto de Coronía.



La Guyana holandesa. — Edificios de un algoñal.

Vuestro siempre afectísimo, Wohlfart.

— Si, si, Wohlfart se expresa de ese modo, dijo Sturm, podeis estar seguro que dice lo que siente. Vamos, este es un negocio terminado, continuó abriendo el cofre. Aquí teneis el dinero. ¿Con que decís que son mil novecientos escudos?

Sacó cinco taleguitos del cofre, los tomó todos sin gran trabajo en una sola mano y los presentó á Eugenio.

— Aquí teneis mil.

Eugenio intentó en vano sostener los talegos.

— ¡Ah! no me acordaba. Dejad, yo os los llevaré

hasta vuestro coche; el resto, tendré que entregároslo en obligaciones hipotecarias. Valen cada una, como ya sabeis, poco menos de cien escudos.

— Eso no importa.

— Si importa, dijo el gigante. En vuestro vale lo expresareis así. Hé aquí un negocio felizmente terminado.

Volvió á cerrar el cofre y le metió debajo de la cama.

Eugenio con el corazon descargado de un gran peso, volvió á la habitacion donde habia sido recibido.

— Ahora, voy á llevar los talegos hasta el coche, dijo Sturm.

— Antes es necesario que os entregue el resguardo, dijo Eugenio.

— Teneis razon, es necesario hacerlo todo con orden. Mirad si podeis escribir con mi gran pluma. Si hubiese podido figurarme que habia de tener tan distinguida visita, hubiera traído otra mejor de casa de M. Schröter.

Eugenio redactó un vale. Entre tanto Sturm estaba sentado enfrente de su cántaro de cerveza y le miraba con satisfaccion. En seguida le acompañó hasta el coche y le dijo al despedirse:

— Saludad muy cordialmente de parte mia á M. Wohl-



La Guyana holandesa. — Mujeres, soldados, labradores y agentes de policia

fart y á mi niño. Yo habia ofrecido á Carlos ir á verle con motivo de las fiestas de año nuevo, pero mi salud no es demasiado buena. ¡Ya paso de los cuarenta y nueve!

Algun tiempo despues Eugenio escribió á Antonio noticiándole que habia tomado prestados al viejo Sturm mil novecientos escudos, en cambio de los cuales habia firmado un vale.

« Procurad arreglar este asunto, decia al final de su carta. Naturalmente comprendereis que no es necesario que mi padre tenga conocimiento de ello. El anciano Sturm encierra á fe mia dentro de un cuerpo feo un alma muy hermosa. Indicadme qué es lo que podré llevarle á su hijo el húsar cuando vaya yo á ver á mis padres. »

Antonio indignado arrojó la carta encima de la mesa. — No hay medio de evitar su ruina, mi patron tenia razon. Habrá gastado ese dinero comprando brazaletes de oro para alguna bailarina, ó bien jugando á los dados ó al sacanete con sus licenciosos camaradas, y paga sus deudas á los usureros con las economías penosamente acumuladas por un honrado obrero.

Llamó á Carlos á su cuarto. — Mas de una vez he tenido gran sentimiento por haberle arrojado en medio de este desórden. En este momento me convenzo plenamente de que he cometido una falta. Me avergüenzo al decirte lo que acaba de suceder. El jóven Rothsattel ha abusado de la hombría de bien de tu padre para pedirle prestados mil novecientos escudos.

— ¡Mil novecientos escudos á mi padre! exclamó Carlos admirado. ¿Cómo es posible que mi Goliath tuviera tanto dinero para prestarlo? A mí me ha estado diciendo siempre que no sabia ahorrar.

— Una parte de tu herencia ha sido abandonada recibiendo en cambio un documento sin valor, y lo que mas subleva en este asunto es la indiferencia con que habla de él el prestamista. ¿No te ha escrito nada tu padre respecto á este particular?

— ¿El? ¡ah! ¡ya sí! exclamó Carlos. Eso es precisamente lo que se guardará bien de hacer. Unicamente siento que tomeis tan á pecho este suceso. Por amor de Dios os ruego que no toqueis la campana de alarma. Mejor que nadie conoceis cuántas nubes se han amontonado sobre esta casa; no aumenteis por mi causa el pesar de esos señores.

— Guardar silencio en estas circunstancias, repuso Antonio, seria hacerse cómplice de una mala accion. Escribele en seguida á tu padre y dile que en adelante no sea tan blando de corazon, porque es muy posible que ese teniente vuelva á la carga en el momento menos pensado.

Antonio escribió en seguida á Eugenio: « Es imposible arreglar vuestro negocio con el anciano Sturm, sin dar conocimiento de ello á vuestro padre, y aun así no sé en realidad cómo encontrar un medio para cubrir esa deuda. Yo no puedo menos de manifestaros que miro vuestro empréstito como poco leal bajo todos conceptos. Por otra parte, tanto vos como vuestro padre, debeis ya mucho á la actividad y abnegacion del jóven mayordomo, y el mezquino salario que percibe en la actualidad no puede considerarse mas que como una insuficiente indemnizacion. Os ruego, pues, que sin pérdida de momento procureis al viejo cargador Sturm toda la seguridad que se le puede dar. Esta seguridad no puede ser otra que el reconocimiento de la deuda por vuestro señor padre, y convendreis conmigo que lo mejor que podeis hacer es informar vos mismo al señor baron. Os suplico con encarecimiento que no dejes para cuando vengais á ver á vuestra familia negocio tan importante, porque cada semana que pase me parecerá la prolongacion de un engaño indigno de vos. »

Antonio dijo en seguida á Carlos: — Si Eugenio no confiesa á su padre esa deuda contraída en el juego, yo informaré al baron en presencia del jóven teniente el primer dia de su llegada. No intentes disuadirme de mi proyecto, pues bien veo que eres absolutamente igual á tu padre.

La consecuencia de esta carta fué que Eugenio no escribió mas á Antonio, y que en la carta dirigida despues á su padre, añadiera algunas frases que no eran bastante inteligibles.

Wohlfart, decia, era un hombre con el cual indudablemente habian contraído algunas obligaciones, pero que era incómodo, que esto le hiciera orgulloso, como si fuese un igual suyo, adoptando un tono de preceptor que acabaria por hacerle insoportable, y que lo mejor que se podia practicar, era desembarazarse políticamente de esa clase de gentes.

Como esta opinion estaba enteramente acorde con las ideas del baron, mereció su asentimiento.

« Eugenio, decia, tiene un entendimiento despejado, yo tambien deseo ardentemente que llegue el dia en que pueda encargarme de la direccion de mis negocios y entonces daré las gracias á nuestro Wohlfart y le despediré. »

La baronesa, que habia leído la carta á su marido, contestó:

— Si llegara ese caso, no tardarias en arrepentirte. Dobló en seguida la carta y la metió en el bolsillo de su vestido.

Pero Leonor, incapaz de dominar su indignacion, salió del aposento sin decir palabra y fué á buscar á Antonio al patio de la granja.

— ¿Qué habeis tenido con Eugenio? dijo en cuanto le vió.

— ¿Se ha mostrado con vos quejoso de mí? preguntó Antonio á su vez.

— Conmigo no, contestó Leonor, pero en su carta á los papás no habla de vos en el sentido que otras veces, y que tanto me agradaba.

— Eso puede ser efecto de la casualidad, contestó Antonio, ó bien de un pasajero mal humor.

— No, aqui hay algo mas; y yo quiero saberlo.

— Si hay algo, no podeis saberlo mas que de su boca.

— En ese caso, exclamó Leonor, Eugenio ha obrado mal y vos lo sabeis.

— Aunque así sea, contestó gravemente Antonio, es un secreto que no me pertenece; de lo contrario no os lo ocultaria. Os suplico que creais que mi comportamiento con vuestro hermano ha sido el que convenia á una persona delicada.

— Mi opinion sobre este particular os puede servir de muy poco, exclamó Leonor. Se quiere absolutamente que yo no sepa nada; todo me lo ocultan. Yo me aturdo haciendo conjeturas, y en medio de la confusion que me atormenta, no puedo menos de incomodarme cuando se muestran injustos respecto á vos.

— La responsabilidad que me impone la enfermedad de vuestro padre me abruma frecuentemente con su terrible peso. Algunas veces tambien se vuelve contra mí, cuando me veo obligado á comunicarle cosas desagradables. Esto es inevitable, y mientras vos y la señora baronesa esteis en la firme conviccion de que hago siempre todo lo que creo útil á vuestros intereses, tendré el suficiente valor para soportar esos ratos de disgusto.

— Mi madre sabe lo mucho que os debemos, dijo Leonor. Jamás me habla de vuestra abnegacion, pero leo en sus ojos lo que piensa, cuando en la mesa fija en vos su mirada. Siempre ha sabido ocultar sus pensamientos, sus dolores y sus cuidados; ahora es mas reservada que nunca, jamás me participa cosa alguna. Veo su pura imágen como á través de un blanco velo. Su fisico ha desmerecido tanto que cuando la miro se me saltan las lágrimas; todo cuanto dice respira justicia y sensatez; al parecer no se ocupa de nada, y aun cuando se sonríe al oír mis locuras, siempre se percibe la tristeza á través de su sonrisa.

— ¡Sí! efectivamente es así, exclamó Antonio tristemente.

— No vive mas que para prodigar sus cuidados á mi padre; los sufrimientos que oculta á la vista del mundo, nadie, ni su misma hija llega á saberlos, Wohlfart, es un ángel que permanece en este mundo solo á su pesar. Yo le sirvo de muy poco, lo comprendo bien, porque soy torpe, no sé dominarme como ella, ni tengo su tranquilo continente, ni sus graciosas maneras, dotes que tanto embellecen á mi madre. Con la enfermedad de mi padre, la ligereza de mi hermano y la reserva de mi madre, á pesar del cariño que me tiene, Wohlfart, me encuentro muy sola y aislada.

Se apoyó en el borde del pozo y prorumpió en llanto.

— Tal vez todo eso redunde en vuestro bien, dijo Antonio, el cual apoyado en la parte opuesta del pozo, simpatizaba con el pesar de Leonor; teneis mucha energia y os creo capaz de sentir emociones fuertes y apasionadas.

— Yo solo puedo, dijo Leonor arrasados sus ojos en lágrimas, enojarme arrebatadamente ó entregarme á una loca alegría.

— Educada en medio de los goces y la felicidad, la vida no ha sido hasta ahora para vos mas que un juego.

— El estudio siempre me ha parecido pesado.

— Yo creo que con vuestro carácter, correis peligro de adquirir maneras demasiado libres y resueltas y llegar á ser presuntuosa.

— ¡En efecto, temo que vuestra opinion es demasiado acertada!

— Luego, habeis sufrido rudas pruebas, y el presente se anuncia bajo un aspecto grave y serio. Tambien, perdonadme, apreciable señorita, abrigo la esperanza de que adquirireis aquí precisamente lo que la señora baronesa ha ganado en el gran mundo, una noble apostura y una graciiosa reserva. Me parece á fe mia, que ya estais algo cambiada en provecho vuestro.

— ¿No es cierto que era yo antes un verdadero duende, un diablillo? preguntó Leonor riendo y con los ojos llenos de lágrimas mirando á Antonio con aire á la vez franco y travieso.

Antonio tuvo que hacer un esfuerzo para no confesarle cuán graciiosa le parecia en aquel momento; pero rechazando sus pensamientos, dijo con tanta calma como le fué posible:

— ¡Querida señorita, no érais tan terrible!

— ¿Y vos sabeis lo que sois? preguntó Leonor en tono de broma. Sois, segun mi hermano Eugenio, un dómíne de lugar.

— ¿De veras dice eso? contestó Antonio.

Leonor se puso seria de repente.

— No hablemos de mi hermano. Despues de haber oido leer su carta, he venido para deciros que no hay persona, á no ser mi buena madre, en quien tenga tanta confianza como en vos; mientras viva, nada podrá destruir esta confianza, porque estoy persuadida que sois el único amigo que tenemos en nuestra desgracia, y quisiera pedir os perdon puesta de rodillas por las palabras y hasta por los pensamientos con que se os ultraja en secreto.

— ¡Leonor, querida señorita! exclamó Antonio trasportado de gozo, no digais una palabra mas.

— Es necesario que os diga todavía, continuó Leonor, cuánto admiro la calma y saugre fria que sabeis guardar en medio de nosotros, y el talento que teneis para entenderos con todo el mundo, sin perder por un momento vuestra dignidad. Vos solo sois el que ha conseguido volver á poner este dominio en un estado regular restableciendo un poco el órden. Hé ahí lo que reservaba en mi corazon, Wohlfart; ahora ya he concluido.

— ¡Os doy gracias, señorita! vuestras palabras me hacen mucho bien; pero no tengo tanta seguridad ni fortaleza como suponeis. Cuando miro este dominio y pienso en todos los trabajos que reclama su estado, comprendo mas de dia en dia que no soy yo el que puede hacer aquí una reforma completa. Si alguna vez pudiera desear que en lugar de ser la hija del baron fuérais un hombre, seria en los momentos en que atravieso los campos de esta propiedad.

— Sí, dijo Leonor, ese es mi profundo pesar. Nuestro antiguo mayordomo me lo habia dicho tambien alguna vez. Cuando estoy sentada delante del bastidor bordando y veo que salís con M. Sturm á recorrer los campos, la saugre se me sube á la cabeza y arrojó á un lado todas aquellas bagatelas. Yo no sé mas que comer y gastar dinero en encajes, y ni aun eso sé, como dice mi madre. Pero ¿qué quereis? añadió con ingenuidad mirándole; soy poco útil; es necesario tomarme tal como soy y tratarme como amiga.

— Hace ya muchos años que vuestra amistad ha causado mi dicha, dijo Antonio conmovido. Hasta este momento, ha sido la alegría de mi corazon considerarme en secreto como vuestro mas fiel amigo.

— Y de esta manera nos portaremos siempre los dos, contestó Leonor. Ahora, mirad cómo ya me he tranquilizado; no os incomodeis por las necesidades de Eugenio. Yo no me atormentaré mas por ello.

De esta manera se separaron los dos, como inocentes niños que encuentran un encanto particular en contarse uno á otro lo que su pasion quiere ocultar.

V.

Las hostilidades se habian roto nuevamente entre Pix y Specht. Pero ahora Specht no estaba solo: el cuarteto habia adoptado su partido, porque Specht estaba herido en los sentimientos que el cuarteto habia reconocido y consagrado en su canto. M. Specht se habia enamorado. Esto no tenia nada de particular en un hombre tan exaltado é impresionable.

Hasta se puede decir que el principal elemento de su existencia era un sentimiento amoroso permanente, que ardia, como el fuego de Vesta, con una llama poética á la que no se podia aproximar ni el puchero de condimentar la comida, ni los cuidados de la vida material de cada dia, ni ninguna idea matrimonial y de establecimiento doméstico.

El amor de M. Specht era eterno, pero la divinidad á quien rendia culto caminaba con frecuencia. Todas las mujeres, en el círculo de su horizonte, una despues de otra habian tenido el honor de pertenecer á su adoracion. Hasta la misma tia de Sabina habia sido durante algun tiempo el objeto de sus afanes, en la época en que sentia su corazon agitado por la triste historia de *Safo*; siempre estaba ella sublime, pero ya habia pasado de su primera juventud.

Sin embargo, esta vez la inclinacion de M. Specht estaba fundada en una base sólida. Habia hecho el descubrimiento de una jóven viuda de redondas megillas y ojos pardo-oscuros, que poseia una hermosa casa y se encontraba al frente de un gran establecimiento de peletería. La perseguia en el teatro y en los paseos públicos, pasaba por delante de sus ventanas con tanta frecuencia como podia, y ponía en planta cuanto le inspiraba su imaginacion para conmover el corazon de la jóven viuda.

Turbó la paz de la amable señora, y en un sinnúmero de billetes anónimos un desconocido enunciaba, en prosa y en verso, la intencion de abandonar esta vida incolora por un mundo mejor, si continuaba desdiciéndose.

En el diario de avisos de la ciudad, el público veia aparecer con gran sorpresa á continuacion de las demandas de colocaciones y ventas, del cabial y del bacalao fresco, obras maestras poéticas en las que las letras del nombre de Adela (este era el de la jóven viuda) figuraban al principio de cada renglon, ó bien en el centro de las frases, en grandes caracteres. Al fin M. Specht no pudo menos de hacersabedor de sus sentimientos al cuarteto, empezando por desahogar su corazon en el seno de M. Liebold.

Una noche que los bajos le habian acompañado fraternalmente en sus ardientes cantos de amor, llegó hasta confesarles que él era el autor anónimo de las poesias dedicadas á Adela, de que se habia hecho conversacion tantas veces. Los bajos profundos quedaron grandemente sorprendidos cuando supieron que el escritor habia sido la cuna de producciones que habian hecho época en el mundo. Es cierto que se habian reído con frecuencia de aquellas poesias con sus colegas, en tanto que Specht lloraba en silencio la critica de aquellos señores; pero cuando supieron que uno de sus compañeros era el autor de aquellas obras poéticas, se despertó en ellos el espíritu de cuerpo, y las composiciones de Specht merecieron gracia ante sus ojos.

El negocio no les parecia malo. La viuda era bonita, tenia una casa y además se decia que tenia una regular fortuna. En vista de todo resolvieron no rehusar á

— Para huir de ella.
 — Pues señor, dijo el caballero, me quedan ciento veinte francos... lo preciso para llegar á Madrid.
 — ¿Con que se van Vds.? dicen cuatro criadas que han entrado sin pedir permiso.
 — Sí, hijas, si, nos vamos.
 — Que lleven Vds. feliz viaje.
 — Gracias...
 — Dáles algo, hombre, le dice su esposa.
 — No tengo suelto.
 — Esa moneda de veinte francos.
 — Tomad, chicas, tomad.
 — Mil gracias.
 Y el buen señor se dispuso á partir sin mas capital que veinte napoleones.
 — Si nos lleváramos chocolate de Cambo, dice la esposa, que ignora el estado del porta-monedas de su marido.
 — De ningún modo, exclama este.
 — Tiene fama.
 — Es mejor el de España.
 — Sea lo que tú quieras, pero ya que soy buena, has de imitarme... Vámonos por Bayona.
 — Imposible, eso seria retroceder.
 — Tengo que hacer algunas compras.
 — Te has olvidado de la aduana.
 — Se pagan los derechos.
 — Digo que no: de aquí á San Juan de Luz, á Hendaya, á Irun y á San Sebastian.
 — Eres un tirano.
 — Tengo prisa en llegar á Madrid.
 — Pues ofrécame al menos detenerte cuatro horas en San Sebastian.
 — ¡Pero, mujer, sé amable!
 — Sí, papá, dicen dos de sus hijas de catorce á diez y seis abriles.
 — ¿Accedes?
 — Bien, pero hemos de salir de aquí al amanecer, para estar á las siete en San Juan de Luz.
 — Lo que tú quieras.
 — Me ha dado un capricho.
 — ¿Cuál?
 — El que vayamos en seguida hasta San Sebastian.
 — ¡Qué horror!
 — Es hora y media de camino y por la mañana no nos verá nadie.
 — En ese caso... bien.
 El caballero llega á la estacion de San Juan de Luz con 80 francos, se acerca al ventanillo á pedir seis segundas y dos terceras, pero ¡oh, desesperacion! apenas dice:
 — Seis...
 — Usted por aquí, amigo mio, le dice una señora.
 — ¡Marquesa!... ¡Qué feliz encuentro!
 — ¿Va Vd. á España?
 — Si tal, iba á pedir... seis primeras.
 — Yo voy á Hendaya á pasar el dia.
 — Iremos en el mismo wagon.
 Mientras la marquesa saluda á la señora y las niñas, paga el caballero seis primeras y dos segundas y disminuye su capital, quedando reducido á diez napoleones.
 Al llegar á San Sebastian:
 — No nos detengamos, exclama, sigamos á Madrid.
 — ¿Y la palabra? dicen todos los individuos de su familia.
 No tiene mas remedio que cumplirla.
 — Tomaremos un omnibus para todos, dice la esposa.
 — No, es mejor ir á pié, con eso haremos ganas de almorzar.
 — Está largo.
 — Mejor.
 — ¡Qué tacaño te has vuelto!
 Llegan á la Zurriola.
 — Esperadme aquí, dice, voy á ver si pueden darnos de almorzar en aquella fonda.
 Hace lo que dice y encarándose con la dueña:
 — Señora, exclama, ¿cuánto va Vd. á llevarnos por un almuerzo para seis personas y dos criadas?
 — Suba usted.
 — No, señora, quiero oír el récipe desde la puerta para escapar si aspira Vd. á explotarme.
 — ¿Le parece á Vd. caro cinco duros?
 — ¿Me lo da Vd. por cuatro?
 — Partamos la diferencia: cuatro y medio.
 — Sea. ¿A qué hora venimos?
 — A las doce.
 — Hasta las doce.
 Los viajeros pasean y una de las niñas rompe el cristal de un escaparate. El dueño de la tienda sale y reclama 20 reales.
 El papá coge á los niños de la mano y apresura la hora de ir á la fonda para evitar nuevos percances que disminuyan su bolsa.
 El almuerzo tiene lugar, y temeroso de que rompan los individuos de su familia algun objeto, sirve el agua y el vino.
 El temor le ofusca, y al coger una botella da un golpe con ella en una de las fuentes que retira un mozo y la rompe.
 — Ya es hora de partir, dice la esposa.
 — A ver la cuenta.
 — Antes traiganos Vd. café, dice una niña.
 — Es muy ardiente.
 — Al contrario, teniendo que ponerse en camino es lo mejor para que siente bien la comida, dice la fondista.
 Toman café y presentan la cuenta al padre de familia. La cuenta decia así:

Por un almuerzo.	90 rs.
Por el servicio.	20
Por una botella.	20
Por el café.	20
Total. 150 rs.	

— Tome Vd., dice el caballero, dando dos monedas de cinco duros.
 Al dejar caer la segunda en la mesa se estremeció.
 Había sonado á plomo.
 — Es falsa, dijo la fondista.
 El apuro no pudo ser mayor.
 — Déme Vd. las dos monedas, dijo.
 — Tome usted.
 — A ver, dos cuartos grandes para nosotros y uno para las criadas.
 — Pero ¿te has vuelto loco?
 — Creo que sí.
 — ¿No nos vamos ya?
 — No.
 — Pero ¿por qué?
 — Es un secreto... Adios, voy á enviar un telegrama á Madrid.
 El desenlace lo comprenden ustedes.
 Hablemos algo de teatros.
 Empezaron las empresas con brios, estrenando los *Bufos* una loa de Larra, en la que puso á la crítica de vuelta y media.
 La crítica en cambio le devolvió con creces los insultos.
 En la Zarzuela se ha estrenado un bellissimo drama de Retes, titulado *Doña Inés de Castro*.
 Los primeros pasos dados por la Revolucion hicieron enmudecer á la literatura.
 Los teatros se cerraron y toda la atencion se dirigió hácia Cádiz, donde los generales Serrano, Prim, Topete, Caballero de Rodas y otros enarbolaron la bandera de la Soberanía nacional.
 Desde el 17 hasta el 29 lo hemos pasado en la mayor ansiedad.
 Los ánimos presentian una gran conmocion.
 Los momentos no podian ser mas solemnes: estaba discutiéndose una medida extrema; la caída de una dinastía, la nueva vida de un pueblo.
 Despues de muchas dudas el dia 22 se llevó á cabo el alzamiento en Madrid.
 Los periódicos políticos informarán á mis lectores de la que ha pasado; yo solo voy á bosquejar la fisonomia que presentó la corte.
 Ante todo bendigamos á la Providencia que lo ha dispuesto todo de tal manera que no solo no ha habido que lamentar excesos, sino que ha dado ocasion al pueblo de Madrid de poner en evidencia virtudes que la historia eternizará, ejemplos que no podrán menos de enaltecerle.
 Cuando la gente se enteró de que las tropas del gobierno habian fraternizado en Andalucía, cuando supo que los generales reunidos en el ministerio de la Guerra habian resuelto el problema de la lucha civil inclinandose á favor de la soberanía nacional, abandonaron las obras los trabajadores, los operarios los talleres, y una inmensa muchedumbre se agolpó delante del Principal.
 Por un momento corrieron las personas timoratas y los vecinos pacíficos se encerraron en sus casas.
 Las tiendas de comestibles se llenaron de compradores.
 Todo el mundo se abasteció creyendo que habia llegado el momento de presenciar grandes infortunios.
 La alarma no tardó en calmarse.
 — ¿Qué pasa? preguntaba la gente á los que llegaban de la Puerta del Sol.
 Pero nadie respondia, todos iban de prisa, como deseando llegar pronto á algun punto.
 El pueblo delante del Ministerio de la Gobernacion victoreaba á la Soberanía nacional, á los generales que han dirigido la Revolucion, al ejército, á la marina, agitábanse gorras y pañuelos, y los soldados unian sus voces á aquellos gritos de entusiasmo.
 En medio de la confusion los soldados iban solos y sin armas por las calles, las parejas de la guardia civil dejaban vender y circular las proclamas, los números del *Boletín Revolucionario*. ¿Qué significaba aquello?
 La actitud de los militares y de los paisanos tranquilizó al vecindario.
 Una de las mas grandes revoluciones que ha contemplado Europa en el presente siglo, la caída de una arraigada dinastía se verificaba en la capital de España sin dispararse un solo tiro.
 Unos cuantos jóvenes con una bandera roja, en la que se leia con caracteres negros ¡VIVA LA SOBERANÍA NACIONAL! llegaron por la calle de Preciados á la Puerta del Sol, se abrieron paso por entre la apiñada muchedumbre, y en medio de frenéticos vivas acercándose á la puerta del Principal hicieron que se colocase la bandera en el balcon del centro.
 Los individuos de la junta revolucionaria se presentaron en el mismo balcon y fueron aclamados.
 Instantáneamente se pusieron en todos los balcones de la capital colgaduras con los colores nacionales, numerosos grupos con banderas y músicas que tocaban el himno de Riego recorrieron las calles.
 Los soldados iban de la mano con los paisanos, grupos de estos escoltaban á algunos jefes, otros á caballo

con numeroso séquito llevaban la noticia á todos los extremos de Madrid.

La noticia cundió con rapidez eléctrica, y con la misma rapidez se apoderó de todos el sentimiento del órden.

Las banderas con el lema de *Pena de muerte al ladron* se multiplicaron en todos los barrios.

Cada ciudadano se erigió en un defensor de la seguridad pública. Gracias á esto no hemos tenido que lamentar desgracias.

Yo por mi, ajeno á las luchas políticas, amante de mi patria, y mas amante aun de su prosperidad, lamento los errores que han producido la Revolucion, y lo único que deseo es que la experiencia del pasado sea una luz que guie al porvenir á los gobernantes.

España puede ser un gran país. La juventud es la llamada á regenerarle, y para eso debe empezar por condenar el sistema que se ha seguido hasta ahora de corromperla con empleos que halagaban su vanidad.

El periodo que atravesamos es crítico. De esta hecha ó nos levantamos ó nos hundimos para siempre.

Yo creo en el patriotismo de los españoles.

Los marinos han resuelto no aceptar gracia alguna, los militares hacen lo mismo: abandone la juventud las oficinas, arroje la semilla de la prosperidad en otros campos y el porvenir es nuestro.

Los generales victoriosos son esperados en Madrid de un momento á otro. Entre tanto, sepa el mundo entero que el pueblo de Madrid entregado á sí mismo, y hallándose en la mayor miseria, se ha erigido en guardador de la propiedad.

No hay noticia de un hurto.

Los vecinos duermen hoy mas tranquilos que cuando recorrian las calles los agentes de la autoridad.

JULIO NOMBELA.

Madrid 30 de setiembre de 1868.

Poesía.

Pasó, pasó el invierno,
 La primavera asoma:
 Reviste llano y loma,
 Colora cielo y mar.
 A todo infunden vida
 Las brisas en su giro:
 Yo solo no respiro
 Las brisas de mi hogar.

Pasó, pasó la niebla
 Que al alto campanario
 Cual lúgubre sudario
 Prestaba embozo ayer.
 ¡Ya limpia al cielo sube
 La torre gigantesca!
 ¡Oh torre de mi aldea,
 Quién te pudiera ver!

Apiñanse las naves
 Del Alersy en las riberas,
 De humeantes penacheras
 Que á Albion orgullo dan.
 Sus flámulas, del viento
 Son fiesta y atavio.
 ¡Oh margen de mi rio!
 Tus palmas ¿dónde están?

Cantando en su barquilla
 Se ve al amante ufano:
 De nuevo el tardo anciano
 La vida siente en sí:
 En el materno seno
 Dormita el niño en calma:
 ¡Oh madre de mi alma,
 Si moriré sin tí!

Amantes, prado, templo,
 Barquillas, cielos, mares,
 De abril en los altares,
 Load al Creador:
 Al viento en dulces notas
 Mandad vuestra alegría.
 ¡Oh madre, oh tierra mia,
 Yo os mando mi dolor!

J. A. CALCAÑO.

1º de abril.

su colega el concurso de su talento para una serenata. El vigilante nocturno que se estacionaba delante de la casa donde vivía la viuda recibió algunas piezas de cuatro gros, se dió la serenata, se abrió un postigo del dormitorio de la viuda y se vió por un momento flotar un blanco ropaje en medio de las tinieblas de la noche.

Specht nadaba en felicidad, y como esta no tiene ordinariamente la facultad de hacer discreto al hombre, cometió la imprudencia de permitirse con sus colegas algunas confidencias con palabras encubiertas. Así es como Pix tuvo conocimiento del asunto.

Desde este momento el diario de avisos ofreció á la vista el juego del gato y la rata. Aparecieron en él escritos misteriosos por los cuales se daban á un M. S.... citas en los sitios mas retirados de la ciudad. Debía encontrar en ellos á una persona á quien amaba.

Specht tenía especial cuidado en no faltar á ninguna de las citas, pero en lugar de encontrar á la que buscaba, solo conseguía hacer largas é inútiles caminatas teniendo que arrostrar el aire y el frío; se veía rechazado por señoras extranjerías á quien tenía el atrevimiento de abordar; un jóven aprendiz zapatero á quien había tomado por su bella disfrazada, le tiró á la cara una punta de cigarro, y en un callejon sin salida su modo de mirar y de observar hizo que le tomaran por un espía, lo que le valió algunos diécteros.

Naturalmente por su parte elevó fuertes quejas en el periódico, cubierto siempre con el velo del anónimo, contra la falta del corresponsal á las citas que daba. Estos lamentos dieron lugar á excusas y á la indicacion de nuevos puntos de reunion, sin que por esto Specht fuera mas dichoso ni encontrase jamás á la que buscaba.

Esto duró algunas semanas, y el encarnizamiento del adverso destino contra Specht produjo en este una exasperacion cuyas consecuencias sufrían hasta sus compañeros de canto.

Una mañana que, como de costumbre, estaba Pix en el vestibulo, una linda señora, gorda y rolliza, con ojos pardo-oscuros, envuelta en una soberbia pelerina, entró encolerizada preguntando por M. Schröeter.

— M. Schröeter no está en casa, dijo Pix. ¿Puedo yo servirlos en algo?

Dejó á un lado la negra brocha, y como la forastera mostraba algun reparo en explicarse, la invitó con un ligero movimiento de mano á refugiarse fuera de la confusion de faquines y toneles en el almacen de mercancías. Su aspecto grave y resuelto impuso de tal manera á la señora que entró en seguida en el almacen. M. Pix se inclinó entonces ligeramente y replicó con cortesanía:

— ¿Deseais alguna cosa de nuestra casa?
— Deseo hablar al jefe del establecimiento, contestó la señora.

— Yo le reemplazo en este momento, dijo Pix con aire majestuoso.

La forastera le miró con cierto temor y dijo al fin: — Vengo á quejarme de un empleado en vuestro escritorio. Hace ya algun tiempo que soy el objeto de su terquedad y de importunidades que me exponen á ser el hazme reir de la poblacion. Recibo cartas y poesías de mano desconocida, y en el diario de avisos se burlan indignamente de mi nombre. He tenido conocimiento de que el autor de esas infamias está en vuestra casa y vengo á suplicaros que le impongais algun castigo.

Pix empezaba á adivinar de qué se trataba; metió el dedo pulgar en un bolsillo del chaleco y prosiguió sus preguntas.

— ¿Podriais indicarme el nombre de ese sugeto?
— Yo no sé su nombre, dijo la viuda. Es alto y tiene el pelo crespo.

— ¿Delgado de cuerpo y gran nariz? preguntó Pix. Está bien, señora. Desde hoy os ofrezco que no os vereis nuevamente importunada. Se os dará una completa satisfaccion, os lo aseguro.

— Pero sin embargo, yo quisiera hablar á M. Schröeter, repuso la señora.

— Vale mas que no le veais. Ese jóven se ha conducido respecto á vos de una manera que no sé cómo calificar, pero vuestro corazon debe hacerlos comprender que su intencion no puede haber sido ofenderos. Ha procedido con torpeza y falta de tacto; ese es todo su crimen; pero el pobre jóven se ha dejado arrastrar por su desgraciada pasion hácia vos. Despues que he tenido el gusto de conocerlos, añadió inclinándose nuevamente, encuentro eso muy natural. Como os he ofrecido le castigaré, pero repito que encuentro eso muy natural.

La linda viuda quedó aturrida y no supo qué contestar á su imponente interlocutor.

— Al mismo tiempo, continuó Pix, tengo el honor de pedirlos perdon en nombre de nuestra casa, sintiendo en el alma haberlos causado tan solo un momento de disgusto. Nos consideraremos felices si usando de la bondad que se pinta en ese rostro, os dignais conceder el perdon á nuestra casa al mismo tiempo que al culpable.

— No tengo, ciertamente, la intencion de hacer responsables á todos de la imprudencia de uno solo, dijo la jóven viuda.

— Os agradezco de todo corazon vuestra amabilidad, continuó M. Pix en tono victorioso, y además os ruego, señora, que me excuseis si os he traído á este almacen. Yo no sabia á quién tenía el honor de hablar. Este es el pequeño almacen donde se despachan las mercancías para el despacho diario.

— ¡El despacho diario! repitió la señora admirada de un consumo tan extraordinario.

Pix metió la mano en un barril de café y dejó caer

negligentemente en él un puñado de granos como una lluvia de oro.

— Tal vez encontrareis aquí algunos artículos que puedan hacerlos falta en vuestra casa, añadió indicando los frutos con la mano.

La linda viuda del manguito manifestó su sorpresa á la vista de una provision tan considerable de café.

M. Pix le hizo examinar algunas muestras de la mejor calidad, llamó su atencion sobre las piedrecitas que había en el café de Santo Domingo y sobre el bello color verde de una remesa del de Java. La señora escuchó atónita las relaciones que su interlocutor le hacia con tanta complacencia.

— Nuestra casa tendria una singular satisfaccion en que quisiérais permitir que os enviáramos algo en prueba de nuestro respeto, dijo al fin Pix inclinándose profundamente. ¿No es cierto que os dignareis autorizarnos para remitiros algunas muestras de las calidades que mas buenas os han parecido?

— Yo no puedo aceptar, caballero, contestó la viuda con dignidad.

— Me llamo Pix. En cuanto á las muestras que me tomaré la libertad de remitiros, no valen realmente la pena de hablar de ello. Nosotros no vendemos, es verdad, al detall, pero hacemos gustosos una excepcion en favor de ciertas personas que quieren honrarnos con su confianza. Si os decidís á proveer de algunos artículos en nuestra casa, os abriremos una cuenta corriente, y me contaré por muy feliz arreglándoos cuanto tomeis al precio de factura. En cuanto al jóven en cuestion, os repito que se os dará entera y cumplida satisfaccion. Yo me encargo de ello.

— Os doy infinitas gracias, caballero, dijo la viudita con graciosa sonrisa; y salió reconciliada con la casa de Schröeter.

Pix entró en el escritorio y llamó aparte á Specht.

— ¡Buena la habeis hecho! le dijo en tono severo. ¿Sabeis que os estaba amenazando un rayo que podía muy bien haberlos derribado del puesto que ocupais en el escritorio? Ha venido una viuda jóven que queria de todos modos quejarse de vos á M. Schröeter. Está furiosa. ¿Cómo podeis haber llevado vuestro atrevimiento hasta el punto de dirigir vuestros homenajes á una señora *comme il faut* por medio del diario de avisos? Debiérais avergonzaros, Specht, de semejante proceder, añadió en tono de reproche.

El espanto embargó á Specht el uso de la palabra. — Pero es que ha sido ella, dijo al fin con el corazon lacerado, ha sido ella quien ha empezado. Primero me dió cita en el teatro, en seguida en el paseo, en la casa de los Cisnes, y luego hasta en la torre para gozar de la hermosa perspectiva que se descubre desde aquella altura.

— ¡Quitaos allá! contestó Pix mostrando una virtuosa indignacion. ¿No habeis comprendido que algun maldito burlon se ha estado divirtiendo con vos? Vuestra conducta ha hecho muy desgraciada á esa señora, y hasta os diré en confianza que la habeis hecho de ramar lágrimas.

Specht desesperado se torcia las manos. — He hecho cuanto he podido para tranquilizarla y he ofrecido en vuestro nombre que de hoy en adelante

os abstendreis de turbar su reposo. Hacedlo así, ó de lo contrario M. Schröeter sabrá toda la historia.

— No es eso lo que me restituirá la tranquilidad, exclamó el desgraciado Specht. Vos no sabeis lo que yo siento.

— Sentid todo lo que querais, dijo Pix con singular dureza; pero no os atreveis mas á hacer imprimir una sola línea dedicada á Adela: de otro modo nos veremos las caras.

Al decir estas palabras salió encolerizado, y dejó á Specht entregado á una emocion semejante á la que debe experimentar un desgraciado condenado á muerte.

Mientras Specht consultaba con el cuarteto lo que convenia hacer en tan triste circunstancia, Pix por su parte no permanecia ocioso. Por la tarde, un criado le llevó á la viuda un gran paquete con muchos cumplimientos de parte de M. Pix, el cual como hombre concienzudo, hizo cargar en su cuenta el importe del envío.

La misma noche fué á presentar sus respetos á la viuda, y le participó que había reprendido severamente al culpable y que nada tenía ya que temer por el reposo de sus dias ni de sus noches. Al domingo siguiente, tomó café en casa de la viuda, la cual para disimular había invitado á otra amiga suya.

Apenas trascurrido un mes, los ojos pardos de la jóven señora y las maneras resueltas de Pix se habían puesto de tal manera de acuerdo, que él fué, vistiendo su mejor traje, á hacer una visita á la viuda, y le presentó con toda humildad una demanda que fué acogida favorablemente.

Admitido M. Pix como futuro esposo, aunque era enemigo de las mitas y de otros insectos, adoptó la resolucion de encargarse en nombre propio de los negocios de la peleteria de la jóven con quien iba á enlazarse.

En honor suyo debemos decir que se creyó obligado á comunicar sus proyectos á M. Specht antes que á ningún otro y á dirigirle algunas palabras que podían en rigor admitirse como una especie de excusa.

— Todo es obra de la casualidad, le dijo. Sed razonable, Specht; admitid este desenlace como un hombre honrado, y pensad ante todo que es uno de vuestros compañeros el que se casa con ella.

— Pero no soy yo, exclamó Specht fuera de sí. Esto no es para mí un consuelo, porque temo mucho que no habeis obrado francamente conmigo.

— Ya veis, Specht, dijo Pix con algun remordimiento; obrad como buen muchacho, pues vos lo sois en el fondo del alma, y apasionaos pronto por otra beldad. Eso no os será muy difícil.

— Pues qué, ¿no hay mas que enamorarse de la primera que se presente? exclamó Specht irritado.

— Ciertamente que sí, con tal que haya una voluntad decidida. A pesar de todo, continuaremos siendo siempre buenos amigos. Vos no podeis faltar á mi boda.

— Eso es demasiado, dijo Specht.

— Es que cuento con vos para amenizar el acto. Entendeis perfectamente el arte de meter en broma á todo el mundo, y tambien sereis mi maestro de ceremonias. Lo único que os recomiendo, es que procureis encontrar otra señora en cuyo honor podais componer versos, porque os debe ser indiferente que se llame Adela ó Geneveva.

Pero esto no era así para Specht. Estaba indignado por la perfidia de su rival Pix, y en medio de su pesar, tuvo al menos la satisfaccion de que esta vez todos los dependientes del escritorio estuvieran de su parte, y condenaran la conducta de Pix como la de un frío egoista. Pero poco á poco, el tiempo derramó un bálsamo consolador en el ulcerado corazon de Specht, porque la viuda tenía una sobrina cuyos ojos eran azules y los cabellos de un color rubio muy subido. Specht empezó por notar primero el color sonrosado del rostro de la jóven, luego por parecerle encantadoras sus maneras, y finalmente, por acariciar, en el retiro de su habitacion, el pensamiento de llegar á ser, por medio de un casamiento, el sobrino de M. Pix.

M. Schröeter estaba sentado en un sillón ocupado en sus reflexiones. Luego se volvió hácia el lado donde estaba su hermana y le dijo:

— Fink ha vuelto á desaparecer.
Sabina dejó caer la labor.

— ¿Ha desaparecido en América?
— Un agente de su padre ha venido hoy al escritorio y ha contado que ha habido una nueva disputa entre el padre y el hijo, y esta vez, creo que la razon está mas bien de parte de Fink que de la casa de comercio. Ha abandonado repentinamente la direccion de los negocios, y valiéndose de medidas violentas, ha obligado á disolverse á una gran compañía fundada por su tío, ha renunciado la parte que le correspondía en la herencia, y ha desaparecido. Segun las noticias algo confusas recibidas de Nueva York, se ha internado en los desiertos.

Sabina escuchó con mucha atencion, pero no pronunció ni una sola palabra. Su hermano tambien guardó silencio.

— Era sin embargo una poderosa naturaleza, dijo al fin. En nuestros dias se necesita una accion vigorosa como la suya. Pix tambien nos deja. Pretende á una viuda que posee alguna fortuna y trata de establecerse por sí. Colocaré en su puesto á Balbus, pero no le reemplazará dignamente.

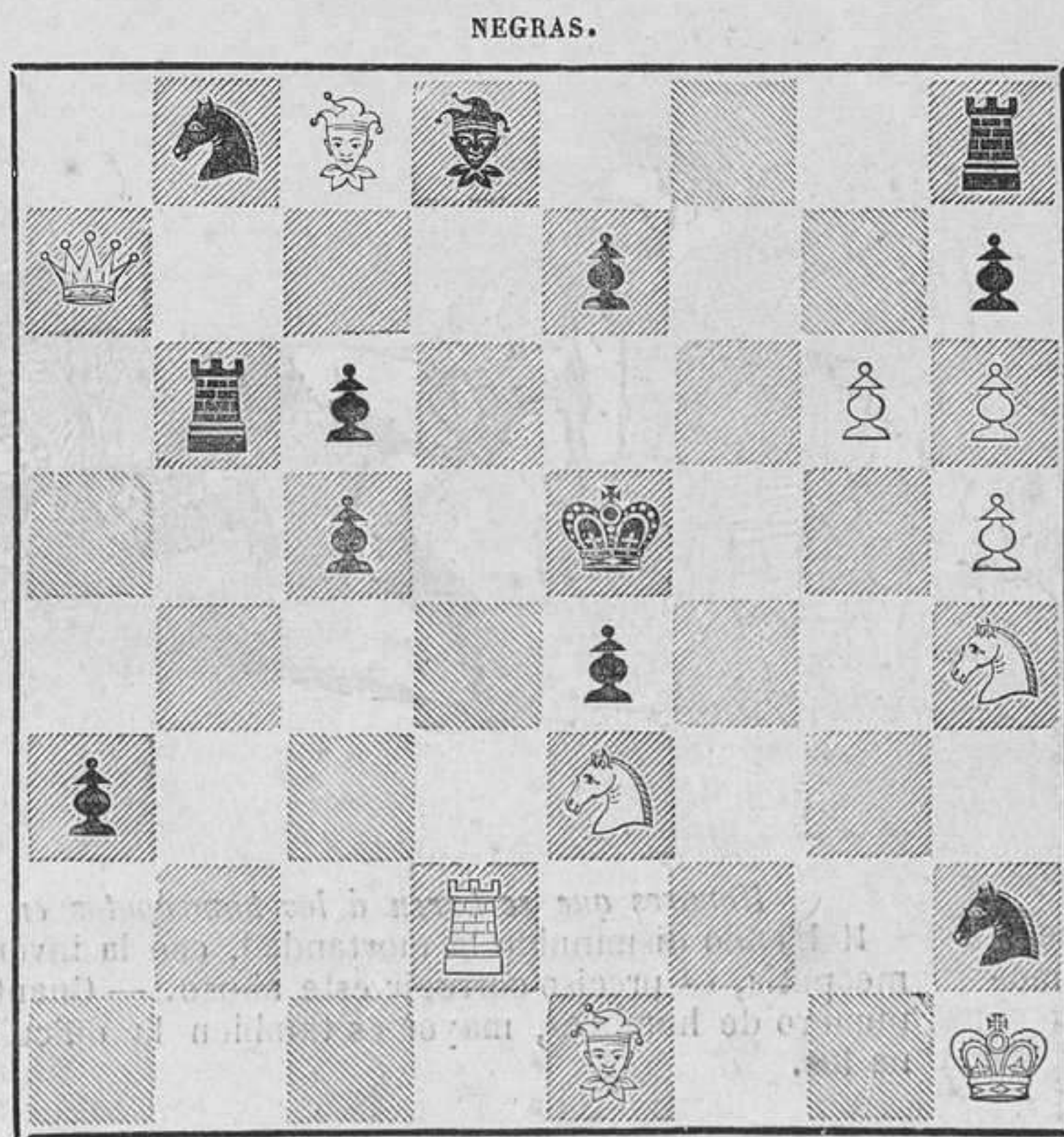
— No, dijo Sabina afligida.

Problemas de ajedrez.

Solucion del número 271.

- 1 R^a 1^a TR P toma P
- 2 R^a 1^a TR^a P toma ó juega
- 3 R^a 6^a A jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 272, POR M. KIRMAJ DE SZIRMAI.



Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

— Van quedando muchas vacantes en nuestra casa, continuó M. Schröeter, y siento que mis fuerzas disminuyen. Los últimos años han sido de prueba. Al acostumbrarse uno á ver todos los días la fisonomía de los mismos hombres, se acostumbra también á sus flaquezas. Nadie sabe cuánto cuesta al jefe de una casa romper los lazos que le han unido por algun tiempo á sus compañeros. Yo me habia acostumbrado á Pix mas que á los demás, y al separarse de nosotros pierdo mucho. Sentiré su falta; con eso, yo me vuelvo viejo, y nuestros mejores dependientes se van. En tiempos agitados te veo sola; cuando tenga que separarme de tí para siempre, quedarás aislada en la casa. No teniendo ya mujer ni hijos, habia fundado todas mis esperanzas en tu floreciente juventud; he llegado á pensar en tu marido y en tus hijos, ¡pobre hermana mia! Aguardando la realización de mis ilusiones he envejecido, y te veo marchar constantemente á mi lado, con amable sonrisa en los labios y el corazón lacerado; activa, afectuosa, pero sola, sin alegría ni esperanza.

Sabina acercó su cabeza á la de su hermano y derramó en silencio abundantes lágrimas.

— Uno cuya pérdida deploras, te era muy querido, dijo Sabina en voz baja.

— No me hables de él, olvídale, dijo su hermano con aire sombrío. Aun cuando volviera de casa del baron, no estaria por eso menos perdido para nosotros.

Acarició con la mano la cabeza de su hermana, tomó el sombrero y salió del aposento.

— Siempre se acuerda de Wohlfart, dijo la tia desde el alféizar de la ventana donde estaba sentada. Hoy todavía ha interrogado al viejo Sturm respecto á Carlos y al dominio de M. de Rothsattel. Es un hombre incomprensible.

— Yo sí le comprendo, continuó Sabina suspirando y continuando su labor.

La parienta dijo algo mohina:

— Uno y otro sois lo mismo. Hay ciertas cosas sobre las que no se puede hablar con vosotros.

Al decir estas palabras se retiró con aire descontento.

Sabina quedó sola. El fuego chispeaba en la estufa, el péndulo se balanceaba á compás y el reloj dejaba oír siempre el mismo tic-tac. La llama de la vida brillaba dulcemente en el interior de aquellas paredes; cada mañana se encendía y por la noche se extinguía. Los retratos de sus ancianos progenitores contemplaban hacia muchos años, siempre con igual seriedad y la misma inmóvil tranquilidad, al último individuo de la familia.

De la misma manera que aquellas figuras permanecían inmutables, la juventud de Sabina se deslizaba también en el silencio sin ninguna agitación. De pronto le pareció á esta como si oyera infantiles pasos en uno de los ángulos del aposento, y los alegres sonidos de una voz de niño; los pasos se aproximaban cada vez mas, una cabecita llena de bucles se apoyaba en sus rodillas, y dos cariñosos brazos se enlazaban al rededor de su cuello.

(Se continuará.)

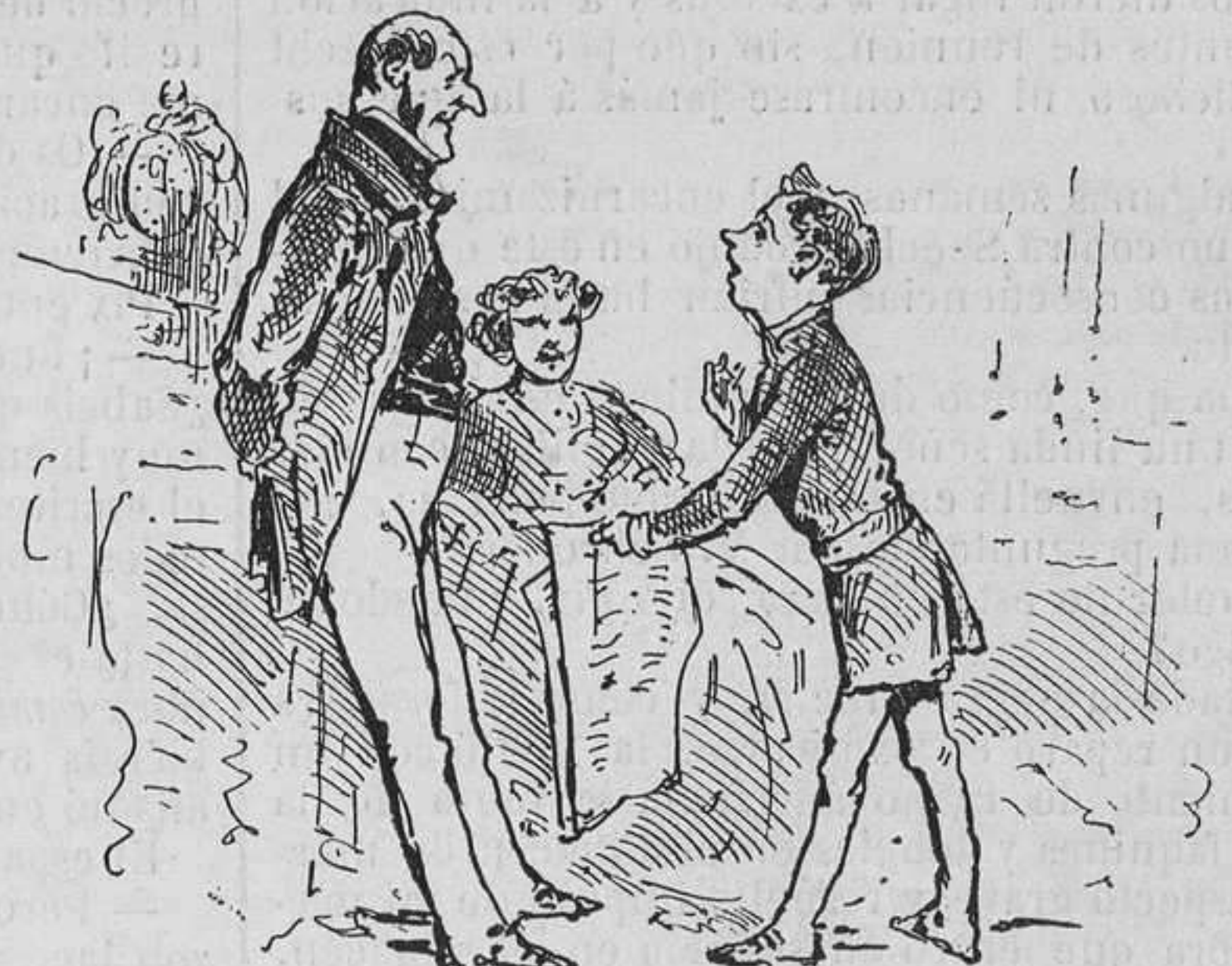
REVISTA DEL MES DE SETIEMBRE, POR BERTALL.



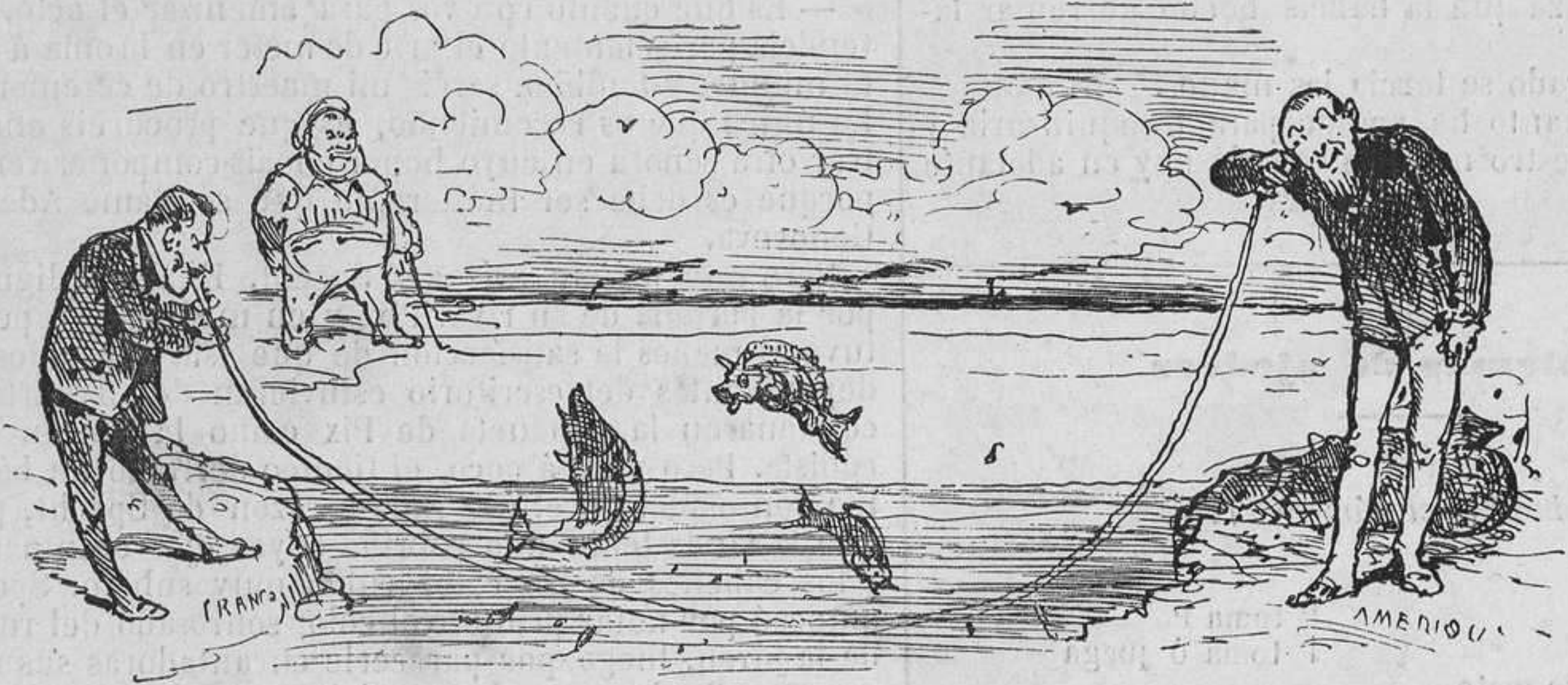
La vuelta al colegio.

La clase de sexto año acaba de pronunciarse contra el tema latino, y nosotros nos pronunciamos contra la versión griega.

— Sí, sí, nosotros fumamos y fumaremos: hemos hecho ya nuestro pronunciamiento.



Papá, los sucesos de España me interesan profundamente y no quiero ni acordarme del colegio.



Cable francés-trasatlántico.

En lo sucesivo no necesitamos ya de los ingleses para hablar con América.



Cuestion alemana.

La pobre Holanda se halla perpleja; está para echar á rodar y no sabe hacia dónde.



Concurso del fusil de aguja en Berlin.

M. Dreyse obtiene necesariamente el gran premio y recibe la corona con el privilegio de usar el uniforme de gran Matamoros. M. Chassepot sale silbado.



Honores que se hacen á los homeópatas en Rusia.

Habiendo disminuido la mortandad, con la invención de la homeopatía, es preciso corregir este abuso. — Cuanto mayor es el número de hombres, mayor es también la dificultad de gobernarlos.



Oratoria femenina.

— ¡No quieren concedernos derechos políticos y quieren que les tengamos siempre la casa barrida y la camisa limpia!...